

banda
propia
editoras

En el centro de este libro hay cuatro mudanzas, una separación, una muerte, y una joven que busca apropiarse de una ciudad que no es la suya. *La ciudad invencible* dibuja una cartografía no turística de Buenos Aires, un recorrido a veces imposible por los pasillos interminables de sus juzgados, pero también el mapa de un territorio hecho de personas y afectos, con su cielo de cúpulas y luces artificiales, con jacarandás que como estrellas caídas tapizan la calle y tiñen de azul el asfalto.

Esta edición incluye el ensayo «En nombre propio», que propone una genealogía inédita sobre las representaciones literarias de la violencia de género en la escritura. Sara Gallardo, Silvina Ocampo, Selva Almada, Gabriela Cabezón Cámara, entre otras autoras, son parte de un panorama de nuevos lenguajes, un camino de invenciones, sin lugares comunes y en diálogo refractario con los movimientos feministas de los últimos años.

La agudeza de su punto de vista, y su prosa metafórica y corrosiva, ubican a Fernanda Trías entre las escritoras contemporáneas más interesantes de la literatura hispanohablante.

«Frente al prestigio de las tramas misteriosas y circulares, Trías concibe una narración donde la ciudad es un relato y el hecho de contar, un merodeo: una aproximación hacia la raíz del asunto».

—Marta Sanz

«Elsa Morante dice que la ficción solo dice verdades, y un poco pienso en eso con respecto a este libro. Habla de Buenos Aires, no solo una de mis ciudades favoritas, sino que en la que vivo. Eso me encantó, porque habla sobre sus aventuras, fiestas, amorfós, y un juicio legal horrible con un personaje llamado La Rata, y la verdad, para nombrar a un personaje así, solo puedo pensar que se trata de una crónica, más que una novela».

—Julieta Venegas

«Con esta novela fronteriza entre el diario y la crónica personal, Fernanda Trías se suma a la gran tradición de escritores que, siendo foráneos, han sido los más elocuentes en representar la incompleta Buenos Aires que, mal o bien, los acogió».

—Sergio Chejfec



9 789566 088134

FERNANDA TRÍAS LA CIUDAD INVENCIBLE

FERNANDA TRÍAS

FERNANDA
TRÍAS

LA
CIUDAD
INVENCIBLE

INCLUYE EL
ENSAYO INÉDITO
En nombre propio

banda
propia

contemporánea

00

LA CIUDAD INVEN CIBLE

Incluye el ensayo *En nombre propio*

FERNANDA TRÍAS

«La ciudad invencible»

© Fernanda Trías, 2013, 2014, 2015, 2017, 2021, 2022

«En nombre propio. De mujeres invencibles y otras notas personales»

© Fernanda Trías, 2022

c/o Indent Literary Agency

www.indentagency.com

La ciudad invencible

© Fernanda Trías, 2022

© Banda Propia, 2022

Av. Borgoño 21780, Concón, Chile

www.bandapropia.cl

DIRECCIÓN EDITORIAL

Lorena Fuentes

María Yaksic

DISEÑO EDITORIAL

Andrea Estefanía

COORDINACIÓN EDITORIAL

Carolina Ruiz Monsalve

COORDINACIÓN VENTAS

Carla Renata

Distribución y comercialización en Chile.

ISBN: 978-956-6088-13-4

Impreso en Chile por Gráfica Andes.

Está prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin previa autorización escrita de la autora y las editoras.

c o n t e m p o r á n e a _

A Ricardo Straface.

Esta ciudad que yo creí mi pasado
es mi porvenir, mi presente;
los años que he vivido en Europa son ilusorios,
yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires.

JORGE LUIS BORGES

LA CIUDAD INVENCIBLE

Ya no es mi cumpleaños. Las primeras horas de la nueva edad se deshacen, caen como la lluvia de papel picado que ahora tiro por la ventana. «Falló la gravedad», dice Baigorria. O podría haberlo dicho. Los papeles flotan, brillantes en el aire nocturno, y se alejan hacia la iglesia Guadalupe. Un viento silencioso los empuja. Los aviones que bajan rumbo a Aeroparque perforan las nubes con su luz. Por un momento creo ver una claridad a lo lejos, donde imagino el río. ¿Amanece? Alguna vez, desde Colonia, pensé que las luces en el horizonte eran el resplandor de un gigantesco incendio. De arriba, Scalabrini es una franja negra y vacía por la que de vez en cuando pasa algún taxi. Los semáforos indiferentes siguen cambiando de color. El Varela Varelita, apagado y con la cortina baja, se ve diminuto y anacrónico con sus molduras *art déco*. Parece ahogado entre tanto edificio. Respiro: catorce pisos sobre la avenida pero aún dentro de Buenos Aires, que también existe hacia arriba, en su cielo de cúpulas y luces artificiales.

Desde el balcón veo las siluetas de mis amigos tras el resplandor azul de la computadora. Sobre la mesa quedaron pedazos fríos de pizza, botellas vacías, platos con torta de

chocolate. La reja húmeda de rocío me enfría la espalda. Baigorria vuelve a la sala justo en el momento en que Julia sale, y una ráfaga de voces y música me llega cuando desliza el ventanal. Julia apoya la nariz en la reja; habla sin mirarme: «En qué estarás pensando». Llegué a Buenos Aires por las razones equivocadas, estoy a punto de decir, pero Julia me gana de mano: «No pienses», dice. «Hoy no pienses en nada».

Ricardo ya pasó de Led Zeppelin a Palo Pandolfo cuando vuelvo a la sala y anuncio, con golpecitos de tenedor en el vaso, que está amaneciendo. Enseguida se arma el gran revuelo porque otro pregunta cómo puede estar amaneciendo si desde acá no vemos el Este. A nadie se le ocurre decir que son las cuatro de la mañana, y eso porque ya perdimos la cuenta de las horas y de las botellas de malbec. Ahora Javier está parado en medio de la sala y hace señas con los brazos como esos hombres que dirigen el tráfico: «Este, Oeste, Norte, y el Sur a mi espalda». Ricardo, que es el dueño de casa, no está de acuerdo: «¿Vos estás loco? El Sur está allá», dice, pero no veo hacia dónde señala porque Palo Pandolfo dejó de cantar y la pantalla de la computadora acaba de ponerse en negro.

La voz de Julia apenas se oye cuando nos advierte, cámara de fotos en mano, que está filmando. Somos diez, a pesar de que Ricardo me hizo prometer que no invitaría a más de cinco personas porque su departamento era chico y solo tenía siete sillas. No pude convencerlo de que el sofá también contaba, en parte porque el sofá estaba sepultado bajo una montaña de libros y revistas que eran, según él, la razón por la que no podía recuperar las riendas de su vida. El día en que lograra ordenar la biblioteca, deshacerse de los suplementos que juntaban moho bajo las sillas, organizar las torres tambaleantes de manuscritos

sobre la mesita del teléfono, recién ahí podría rescatarse. Así que le aseguré que solo había invitado a los cinco amigos más cercanos: más nosotros dos, siete. Él lo citó a Macedonio: «Si faltaba alguien más, no cabíamos».

Pero hice trampa, porque Andy iba a venir después de cerrar la librería —que en aquel entonces quedaba en Santa Fe, pequeña y atiborrada, como una prolongación de la maraña vegetal del jardín botánico—, y Javi más tarde, cuando el Varela se fuera vaciando y él empezara a bajar las cortinas metálicas con los últimos parroquianos adentro, despidiéndose, buscando las monedas. Luego cruzaría la avenida, bicicleta en mano, sonrisa indeleble en la cara, a la hora en que a Ricardo ya no le importaría tener que mover la pila de libros del sofá.

Ese video torcido (la cámara quedó apoyada de costado sobre un parlante y grabó hasta agotarse la batería) es casi la única imagen que tengo registrada de mis dos años en Buenos Aires. «Vos sabés que Belgrano está en el norte y que Pompeya está en el sur, ¿no?», oigo a Ricardo decir. Lo veo —aunque la imagen esté completamente oscura—, porque su voz lo reconstruye entero. Nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia, y entonces yo, que durante años quise volver al Sur, lo único que hice fue cambiar de Norte.

Suena el tema de Miguel Abuelo, «Buen día, día», y miro otra vez hacia el balcón. Sobre el ventanal nos reflejamos nosotros, tremendos y borrachos. Ya no somos jóvenes. Dentro de nuestro reflejo, como órganos en fuego, brillan las luces de los edificios: las luces son bengalas, explosiones en el corazón y la cabeza (en el hígado), una guerra del tiempo —de la ciudad invencible— contra nosotros. «Aquí tu libertad / aquí tu intención / apelmazada de ser pájaro». Bajan los aviones hacia

Aeroparque, esa pista improbable en medio de Palermo. «Buen día, sol / Soles, buen día». Y sin embargo todavía no amanece. «Vos filmá los vasos nada más», le dice Ricardo a Julia. «No se sabe quién brinda, y entonces todo queda trabajado en el fuera de campo».

Cuando salimos a la calle, Julia decide comprar flores en el puesto de la esquina. El vendedor duerme en una silla de playa con la cabeza colgando hacia atrás bajo una luz fluorescente que vuelve irreal el color de las plantas. Hablé con él una vez, cuando me explicó cómo cuidar la begonia que hace rato está muerta en mi ventana. Se llama Jesús, es de Cuzco y tal vez viva en la casa ocupada de Scalabrini y Soler. Con las flores en la mano, Julia y yo doblamos por Paraguay hacia mi casa. Los porteros ya manguerean la porción de vereda que les corresponde; los envoltorios de golosinas y las hojas secas salen disparados con la presión del agua hacia las alcantarillas y el frío se levanta de las baldosas mojadas y nos hace temblar.

Solo tres cuadras pero el departamento de Ricardo no se ve desde el mío. Julia llama a su novio y se enfrascan en una pelea. A pesar de los gritos, la discusión tiene algo adormecedor: el nombre de él repetido mil veces, la misma letanía: «Luciano, ¿no te digo que mi celular murió?». Murió, Luciano, mi celular murió. Me estremezco. Las flores en un vaso, los techos vacíos, las plantas nuevas que acaso esta vez resistan. No prendemos ninguna lámpara y, ahora sí, amanece.

Le di la espalda a Buenos Aires igual que ella a nuestro río. Nunca la soñé como algunos sueñan con París. Para mí Buenos Aires era esa ciudad a la que mis padres viajaban para comprar camisetas baratas porque el cambio nos favorecía. «Comprabas una camiseta y te regalaban otra», contaba mi padre, «Nadie entraba en las tiendas de Florida». A lo sumo, Buenos Aires era el delirio de mi abuela paterna, que tenía la costumbre de cantarme el himno argentino porque había nacido ahí, con mucho orgullo: ella era *argentina* (y lo pronunciaba marcando bien la *ge*), a pesar de que sus padres la habían traído al mes de nacida y nunca más volvió al país. Su cédula lo confirmaba: «Nacida en la República Argentina». Mi abuela se sabía el himno de memoria y me lo cantaba, con su voz de perfecta *mezzosoprano*: «Oh, inmortales, el grito sagrado...», de lo que concluí que ser argentino era una forma de inmortalidad. «Estará lleno de viejitos», le dije asombrada. Ella no se lo tomó a bien.

Cuatro mudanzas, una separación, una muerte. Así me recibió la ciudad de mi abuela. Mi primer intento de conseguir casa en Buenos Aires fue a través de internet: «Estudiante boliviana (19) busca compañera para compartir habitación grande, impecable, en pensión para señoritas. Avenida Forest, Chacarita». El cuarto no era tan ruidoso como imaginé, a pesar de que quedaba en el primer piso sobre una avenida congestionada. Tenía dos cuquetas —podía hospedar hasta cuatro señoritas por un precio menor— y un escritorio. En el edificio había una sala de estudio con mesas y sillas blancas de jardín y un televisor empotrado en la pared, siempre encendido pero en permanente *mute* para favorecer la concentración. Si en la sala pulcra, de sobriedad monástica, reinaba el plástico desinfectado, la habitación tenía algo de vestuario de gimnasio: cuquetas de aluminio, techo de zinc y cuatro casilleros levemente abollados para los objetos de valor (candado no incluido). El gran lujo, sin embargo, era la *kitchenette* integrada a la habitación, con un frigobar y un microondas; el uso de cualquier otro electrodoméstico quedaba prohibido.

Aquella era una pensión para señoritas desesperadas: estudiantes extranjeras, mayormente de Bolivia, Paraguay y Perú, o chicas de provincia que no tuvieran garantía «de capital», la única aceptada por las inmobiliarias. El negocio de las pensiones estudiantiles prosperaba, así de tortuoso era conseguir un alquiler sin la famosa garantía, y cualquiera estaba dispuesto a compartir un cuarto con decoración carcelaria por el precio de un departamento modesto. Yo también; excepto que ya no era una «señorita», y eso complicaba las cosas. Delmira, así se llamaba mi futura compañera de cuarto, hacía un año que vagaba de pensión en pensión. Estudiaba en Buenos Aires porque era gratis y ella quería ser dentista. Parada en medio de la habitación —jeans azules, zapatillas Topper, una franja de piel oscura asomando entre el cinturón y el borde del suéter ajustado— pasaba la mano por la baranda fría de la cucheta mientras describía, con distancia casi clínica, los colchones hundidos, las paredes filtradas de humedad, las instalaciones eléctricas caseras y los baños estancados de las pensiones donde había vivido. En Abasto, en San Nicolás, en Microcentro. Se sentó en el colchón nuevo, todavía envuelto en nailon, y se echó hacia atrás, satisfecha. (El nailon crujía; sonaba como billetes nuevos.) «No vas a conseguir nada mejor que esto», me dijo.

Bajamos juntas a la oficina de la administradora, una salita con ventana a la calle. Detrás de su cabeza negra, de pelo teñido con impecable esmero, desfilaban los peatones. A Delmira le sudaban las manos; me había hecho tocarlas un minuto antes de que la mujer nos hiciera pasar a la oficina y yo las había estrujado, dos esponjas tibias. «A ver...», dijo la administradora, analizando mis papeles. Tenía una verruga en la nariz, y aunque uno podría apostar que una mujer con

una verruga marrón en la punta de la nariz había nacido para administrar una pensión de señoritas, no dejaba de sorprenderme que una persona y su destino acabaran por juntarse. Si a la verruga se le sumaba la pollera larga y gris, de paño grueso, los mocasines con soquetes deportivos blancos, el saquito de cachemir abrochado hasta arriba y la cadena de oro con el dije de la Virgen Niña, la mujer no podía ser otra cosa que una bruja o una santa. (En ese momento decidí lo primero; ahora sé que era lo segundo). Me miró de arriba abajo, me hizo dos preguntas, y en menos de tres minutos ya había rechazado mi candidatura. El motivo: yo no era estudiante, no tenía trabajo fijo y le llevaba diez años a la pensionista más vieja. No pude refutar ninguna de sus aseveraciones.

Salimos de la pensión con Delmira y caminamos unas cuadras hasta El imperio de la pizza. Comimos una porción de paradas, en un silencio que recuerdo desolador, tal vez más para Delmira que para mí. Ella se había ilusionado conmigo, así me dijo, y ahora solo le quedaban tres días para conseguir otra compañera antes de que se le venciera la reserva, depósito incluido. Dejamos nuestros platos aceitosos sobre el mostrador de mármol y cruzamos la calle. Nos despedimos junto a un vendedor de algodón dulce en la entrada del subte. Estación Lacroze, línea B.

El segundo intento también fue inútil. A través de una cadena de conocidos de la Rata (a quien por entonces no llamaba así), encontré una casa en Villa Urquiza para compartir con un estudiante de cine y una aspirante a actriz, Malena, que los fines de semana trabajaba de payaso en un supermercado. Tras una primera entrevista telefónica, Malena y su amigo me invitaron a cenar. Ella no se parecía en nada a mi idea

de una «chica payaso de supermercado». Rubia, bajita y con una sonrisa de anuncio para blanqueamiento de dientes. Me recibió sentada en un futón, descalza, las uñas de los pies y las manos pintadas del mismo rojo oscuro, y una *laptop* cubierta de autoadhesivos sobre la falda. Ahí me enteré de que su trabajo no consistía en disfrazarse de payaso, con peluca enrulada y nariz de goma, sino en pasearse por las góndolas como una cliente más, hasta que de pronto daba un salto y se ponía a cantar y a bailar mientras relataba no sé qué virtudes del producto promocionado.

Me mostró la habitación, de paredes altas pero sin ventanas, que ahora alquilaba un estudiante de intercambio. Miré la ropa del muchacho, la cama deshecha, una taza y un plato vacíos sobre la mesa de luz. «Siempre come acá encerrado», dijo ella, «se encierra y no te enterás que existe». Parecía alarmada ante esa posibilidad, la simple idea de que alguien pudiera preferir la soledad a la compañía de sus dientes maravillosamente blancos. A pesar de la falta de luz y del aire estancado, aquello tenía mucho de hogar y me cuidé de no mencionar a la Rata. Por las dudas, tampoco le dije que nada me hacía más feliz que encerrarme en mi cuarto.

La cena transcurrió a la perfección. El amigo de Malena se encargaba del horno; ella se levantaba cada tanto a cambiar la música en su computadora y me preguntaba algo. A todo respondía que sí. Sí a las bandas alternativas, incluso las que no me sonaban ni de nombre. Sí a la huerta orgánica. Sí al olor de los repollitos de brúselas. Sí a los ensayos de teatro en la sala. Sí al incienso. Sí a los almuerzos con su madre. Sí a dejar los zapatos en la puerta. ¿Y las fiestas? A ellos les gustaba hacer fiestas en la terraza, proyectar videoarte, invitar gente.

Sí, sí, me encantan las fiestas, dije, igual que le había dicho que sí a Delmira cuando me informó que su novio dormiría varias noches a la semana en la cucheta de abajo.

Ya casi iban a entregarme las llaves de mi flamante hogar, cuando el teléfono sonó. El mío, quiero decir. Miré la pantalla y vi que era la Rata, con quien había tenido una discusión furibunda unas horas antes. Rechacé la llamada y seguí conversando. Noté que Malena no comía pan. «Soy alérgica al gluten», dijo, y su amigo se rio. El teléfono volvió a sonar; miré de reojo la pantalla. «No es nadie», dije. Pero a la cuarta llamada me vieron apagar el teléfono y tuve que confesar. Risas de Malena; comentario comprensivo de su amigo. Brindis por los ex, brindis por los finales y los nuevos comienzos.

Al rato me pareció oír otro teléfono. «Algo suena», dije. El celular de Malena, que había quedado en su habitación, tenía tres mensajes de texto de número desconocido y el correo de voz lleno. La Rata había rastreado la cadena de mails, los *forwards* de *forwards*, hasta dar con alguien que conocía el teléfono de Malena. En el último mensaje, que ni siquiera llegamos a escuchar completo porque había agotado el tiempo de grabación, directamente anunciaba que venía a buscarme. Nos despedimos rápido, con esos abrazos medio fingidos y el postre sin terminar abandonado sobre el plato. Desde la puerta, Malena dijo que, *just in case*, pasaría doble llave. Su amigo preguntó si «Justin Case» era un actor famoso y dijo que no contáramos con él para defendernos, que por suerte era gay y no necesitaba impresionar a las mujeres.

Mientras bajaba por Blanco Encalada volví a mirarlos. La luna no cabía en la calle, no tanto por los árboles que hacían la fama del barrio, sino por los altísimos edificios recién

construidos que imponían la sombra de sus torres espejadas. Ellos seguían en la puerta —no se habían desvanecido—, pero no me vieron cuando les hice adiós con la mano y tal vez no me hayan visto nunca, ni siquiera cuando estuve frente a sus ojos.

Tres días después recibí un correo de Malena rechazando mi candidatura. El motivo: yo aún tenía problemas que resolver; la Rata o yo —quizá los dos— estábamos locos y ella tenía miedo. No pude refutar, tampoco esta vez, ninguna de sus aseveraciones. La Rata era el eslabón perdido en casi todos mis intentos por conseguir casa en Buenos Aires. Yo aún no tenía amigos, no conocía a nadie. Debía sentirme agradecida.

Viajé a Montevideo para tomar distancia y cuando volví alquilé un cuarto en una casa de familia en La Paternal. Espinosa y Álvarez Jonte. Pagaba una suma exorbitante por una habitación diminuta en la que apenas entraba la cama, un ropero y un escritorio plegable. Prácticamente había que saltar de la cama a la silla y de la silla a la puerta, porque mi valija vacía se atravesaba en el único hueco disponible. Por la ventana enrejada se veían los techos alquitranados de las casas vecinas. Los perros ladraban en las terrazas; se contestaban unos a otros en un idioma que ignoraba el silencio.

La casa en que vivía también tenía un perro. Era un perro-lobo, animal de único dueño, incapaz de consolarse hasta que su ama llegara del trabajo. Durante el día aullaba como si lo estuvieran despellejando vivo y sus bramidos eran perturbadoramente humanos. Nibia, la abuela de noventa y tres años con la que yo compartía la ducha, tenía su dormitorio en la planta baja, donde pasaba el día mirando televisión. La primera tarde, a solas con ella, pensé que se había caído y que los gritos eran pedidos de auxilio. La imaginé destartada

en el piso frío del baño, tal vez desnuda, muriendo de hipotermia. Aullaba, aullaba, y yo, petrificada en mi celda, volví a imaginarla caída, extendiendo un brazo sin fuerza, el pelo empastado en sangre.

Aun así, no fui a socorrerla: no me animaba a salir del cuarto. Por entonces yo vivía con miedo. La Rata me había advertido que usara pantalones porque a las mujeres con pollera las violaban por la calle. También debía sentarme detrás del asiento del taxista, para que el tipo no me mirara las piernas por el espejo (y me violara a continuación). Una vez, durante una pelea, llegué a secuestrarme dentro de su casa mientras gritaba que, por mi propio bien, porque me quería más que a su vida, nunca me dejaría salir sola a la noche de Buenos Aires. Decía esto mientras caminaba con los pies sangrantes —se había cortado con una vasija que él mismo se partió en la cabeza— sobre la ropa desperdigada en el suelo. Yo, más asustada de él que de los peligros de la ciudad, subí a la terraza y casi consideré la posibilidad de saltar del techo. Pero no era eso, tampoco. «Miro esta cuchara y no sé si ese pensamiento es mío o de él», le dije una vez a Julia. El miedo se había convertido en mi Odradek («tengo miedo de mí mismo»); el miedo era esa costra negra que se acumula entre los azulejos del baño, era la mugre endurecida dentro de mí, mis propias articulaciones, de modo que no podía vivir sin él, pero anquilosada como estaba, tampoco podía moverme.

La vieja aulló toda la tarde sin que yo reaccionara. Ya estaría casi muerta cuando la dueña entró a la casa dando gritos y haciendo callar al perro, que se hundió en el más profundo y encantador silencio. Unos días después, la dueña me advirtió que si la oía insultar a su madre, no me preocupara. «No la

quiero», me dijo, «Nunca la quise. Ahora parece una viejita, pero por dentro es otra cosa». No me animé a preguntar qué era por dentro ese cuerpo exiguo, cubierto de lunares, pero supuse que allí estaría la clave, el motivo por el que nunca le limpiaba el baño. Tal vez el descuido, la mugre en los desagües, los pelos púbicos pegados al jabón, fueran una manifestación de su miedo, la costra negra que la endurecía a ella también, y no una simple forma de venganza.

Salía de mi cuarto lo menos posible. Mi recorrido se reducía a caminar por San Martín hasta Juan B. Justo para hacer las compras durante el día o ir al locutorio en Juan Agustín García y navegar en internet por dos pesos la hora. También miraba las noticias en el televisor del locutorio y así me enteraba de más muertes, asesinatos, choques y todos los peligros que ocurrían en alguna parte de la ciudad, como decía la Rata, aunque por alguna razón nunca era la mía. En mis días más aventureros tomaba el 44 hasta Chacarita y de ahí el subte B hacia Corrientes, donde caminaba por las librerías (sin cruzar la 9 de Julio), me tomaba un café en La Giralda y volvía, casi siempre antes de que se hiciera de noche. Vivía como si el 44 y el subte B fueran los únicos medios de transporte que existían. No lograba salir de ese eje ni echarle cloro a mis articulaciones, mucho menos liberarme de mi Odradek.

Pasaba la mayor parte del tiempo en la terraza. Ahí agarré la costumbre de mirar techos, de acceder a las vidas ajenas a través de las pistas que dejaban en sus azoteas: la ropa tendida y separada por colores, los objetos abandonados allí como si nadie pudiera verlos, sillas sin una pata, fierros que se herrumbaban con la lluvia, baldes vacíos que rodaban empujados por el viento. A veces la ropa quedaba en la cuerda, venía una

lluvia rápida, típica de Buenos Aires, y la ropa se mojaba y se volvía a secar sin que el dueño se enterara. Cuando por fin me mudé al monoambiente en el octavo piso sobre Medrano —a tres cuadras de la casa de Ricardo y del Varela Varelita—, seguí mirando techos, cada tanto acompañada de Marita, mi vecina puertorriqueña que tenía una pierna de plástico.

Se me ocurre que los puestos de flores en Buenos Aires son bocas de droga. ¿Cómo se explica, si no, que esos puestos estén abiertos la noche entera, llueva o truene, todos los días del año? Bajo del colectivo y paso junto al puesto de Paraguay. Jesús está escuchando la radio, otra vez con los ojos entrecerrados y la cabeza reclinada hacia atrás. Ningún cliente a la vista. Cruzo al Varela y encuentro a Ricardo hablando con alguien en la ventana. Está sentado en el borde recién pintado, fumando bajo las letras doradas. «Qué cara tenés, che». Es que vengo del peritaje psicológico, digo, y él sabe perfectamente a qué me refiero. Me siento en otra mesa (nuestro código cuando queremos estar solos), pido un coñac y una medialuna. Me encanta el momento en que Javier trae sobre la bandeja la copita llena de agua caliente y la vacía en otro vaso antes de servir el coñac. En los televisores aparecen los números de la quiniela. Alguno de los muchachos del bar podría hacerse rico hoy, pero no, ni siquiera en la uruguayana hay números ganadores.

Mojo la medialuna dentro de la copa y unas migas quedan flotando en la superficie. Trato de pescarlas con la lengua. Desde la ventana, Ricardo me hace gestos para que le diga cómo me

fue en la fiscalía. Muevo la cabeza, no tengo ganas de hablar con nadie. A lo sumo me sentaría con Marita a esperar el momento, siempre imprevisible, en que los focos de la calle se encienden y los pájaros dejan de piar, su reverencia a la noche.

La oficina de salud mental quedaba sobre la calle Florida. Por la ventana se veían unos comercios sucios, dos o tres neones apagados y las típicas cajas de aire acondicionado reventando las fachadas. ¿Qué venden esos quioscos? ¿Quién compra tantas flores en Buenos Aires? Sentada en una silla de cuerina que me hacía transpirar las piernas, acaté las órdenes de la psicóloga y dibujé un hombre bajo la lluvia. Un hombre con paraguas. Eso está bien, sí, solo que el hombrecito —de estricto traje y corbata— estaba parado sobre la nada misma: nada de piso, nada firme donde apoyar sus zapatos lustrados y las gotas no nacían de nubes tormentosas sino del borde de una hoja blanca como un abismo. Dibujé una casa con las ventanas chanfleadas y sin chimenea. Dibujé una familia disfuncional, sin padre y sin perro. Dibujé una persona con orejas, sí, solo que sus manos eran demasiado pequeñas, apenas un garabato en la punta del brazo, y sus pies desproporcionados. Hice rayas, círculos, arbolitos cagados por pájaros, huevos en las ramas. Contesté trescientas preguntas de opción múltiple: «A veces me siento sin esperanza. A veces creo que la vida no tiene sentido. A veces pienso en la muerte. A veces tengo miedo. A veces lloro sin razón». Elegí colores. Descifré manchas de Rorschach. (¿Qué color es más feo: el amarillo histérico, el negro, el marroncito vómito?). A veces me siento una boluda, señora psicóloga, creo que me contradigo. *Siempre* me contradigo. Ella me mira. Señora psicóloga, ¿quién compra flores en Buenos Aires un lunes a las tres de la mañana? ¿Alguno de sus amantes le

compró una yerbera un martes de madrugada? Porque Jesús está ahí —el peruano de las flores, no el que usted piensa—. Jesús vino desde Cuzco para dormir con un tubolux en la cara y la cabeza colgando hacia atrás. Hace frío y tiene los brazos cruzados en el pecho, se autoabrazo. ¿Cómo definiría usted el perfil psicológico de alguien que se autoabrazo y no vende una sola flor en toda la noche? Pero no hago preguntas; ni siquiera a Jesús, cuando le compro una menta porque no me animo a preguntarle si de verdad vende droga y no puedo confesarle que a veces tengo pensamientos de muerte.

¿Qué es lo último que querrías ser? Una botella de plástico. ¿Y además de una botella de plástico, qué otra cosa no querrías ser? Una gallina. Psicóloga levanta las cejas. Una gallina alimentada con comida de perro en un gallinero industrial. ¿Por qué? Me encojo de hombros; me doy cuenta de que resbalo. Algo que nadie quiere, digo, una botella de plástico que tardará años en degradarse y contaminará el planeta. Un bicho en condiciones infrahumanas. ¡Chan! Suena la alarma psicológica. Una gallina no es humana. Crucecita en la planilla de normalidad. No quiero que me corten la cabeza y andar a los tumbos durante diez segundos hasta que la sangre se vacíe al igual que mi conciencia. ¿Usted oyó hablar de Miracle Mike, el pollo que vivió casi dos años sin cabeza? ¿Sabe cuánto son diez segundos en el tiempo de un cuello apretado entre dos manos demasiado fuertes? El cuello queda hinchado y el edema va bajando hasta colgar entre las clavículas como una bolsita gris, el buche suave de un pelícano. Usted no cree en el milagro, señora, mujer de poca fe. Mike el Milagroso picoteaba su comida todas las mañanas aunque

no tuviera pico, solo un agujero que era el cuello entero; Mike cantaba, aunque no tuviera garganta para cantar.

Acabo de decidirlo. Voy a terminar el coñac, pasar por el chino (de nombre oficial: Minimercado Porvenir), comprar una botella de Don Valentín e invitar a Marita a mi casa. No tengo ni siquiera que tocarle la puerta; alcanza con que haga un poco de ruido con las bolsas al salir del ascensor para que ella misma se asome. Su sobrina no la deja tomar, hasta le huele el aliento por las noches. Así que antes de irse le preparo un café —se lo sirvo negro, sin azúcar—, se lava los dientes, hace gárgaras, sopla dos veces en el hueco de las manos y se va, exagerando el rengueo de la pierna mala, moviendo el culo para hacer rabiar a la sobrina que sospecha de mí, pero no puede confirmarlo.

Ricardo acaba de empezar un partido de ajedrez con un tipo nuevo que no es del barrio y que los muchachos llaman el Importado. Junto al tablero está su vaso de fernet y un libro marcado en incontables páginas con servilletas de papel finas y transparentes. Le pido a Javi que me cobre. Uno de los viejos del bar sonrío y levanta la mano. Cualquiera pensaría que se ha ganado la quiniela nacional, pero no, solo quiere otra Hesperidina. Yo quiero saber si en el puesto de flores venden droga. Una vez fui a la milonga del salón Canning, un gran galpón con un cubo para el champán sobre cada mesa y largos cortinados de terciopelo en las paredes. Martes por la noche y alcanzó con preguntarle al cuidacoches para conseguir cocaína de pésima calidad. Peor es nada. Mientras tanto, los japoneses hacían firuletes en la pista; siempre son los mejores en todo, dicen, pero lo hacen sin corazón. Así es acá: japoneses invadiendo las milongas; chinos tomando los supermercados;

paraguayos conquistando las fruterías; peruanos escuateando los puestos de flores. También dicen que los repartidores de pizza son motochorros o dealers. Lo dice el encargado de mi edificio, cuando le toco la puerta tapizada de estampitas de la Virgen Guadalupe; lo dicen las viejas que te hablan en el colectivo; lo dice el verdulero que está frente a Porvenir, mientras se queja de que los chinos también vendan fruta y verdura. «Ellos son más, ellos pueden negociar los precios». Me lo cuenta en confidencia porque me ve cruzar de Porvenir para comprarle la fruta a él. Yo le contesto: «Tu problema es que sos de River».

Mi díler no es repartidor de pizza sino taxista, pero viene cuando quiere; vive de vacaciones o vive en cana. Te pasa las bolsas de merca dentro de un DVD de éxitos de Sandro, con tapa impresa a color y todo. Fue él, de hecho, quien un tiempo después me reveló el secreto de los puestos de flores. Las plantas no caben dentro de los puestos cerrados y es más caro transportarlas que tener a alguien ahí, cuidándolas toda la noche.

La literatura de Buenos Aires es Buenos Aires. No se puede buscar, como no se puede encontrar nada dentro de una caja vacía más que la caja misma. La peregrinación a la casa donde nació Borges, al Parque Lezama, al departamento de la Pizarnik fue, para mí, tan inútil como desilusionante. Un edificio blanco, petiso, que no dice nada; una calle que ha perdido su encanto; un puerta verde, nada más que verde.

La literatura de Buenos Aires es Buenos Aires. No se puede buscar, como no se puede encontrar nada dentro de una caja vacía más que la caja misma. La peregrinación a la casa donde nació Borges, al parque Lezama, al departamento de la Pizarnik fue, para mí, tan inútil como desilusionante. Un edificio blanco, petizo, que no dice nada; una calle que ha perdido su encanto; una puerta verde, nada más que verde.

La literatura de Buenos Aires siempre sucede en otra parte, se está escribiendo en otros barrios, quién sabe cuáles, en los piquetes, en las fruterías de los paraguayos, en los apagones, mientras la comida de Navidad se pudre, huele la carne, corren los chinos a comprar bolsas de hielo para no perder la leche y las *patys* congeladas. Tal vez la escriban los nietos de esos mismos chinos, los que por las noches apagarán las heladeras para ahorrar electricidad. No hay que buscar la literatura; mucho menos la frase. A lo sumo se busca lo que está detrás de las palabras. Y lo que está detrás de las palabras es...

Marita.

Yo no lo pensé. Marita tocó el timbre, «se manifestó», digamos, justo en ese momento, y como otras tardes la invité

a pasar y nos sentamos a mirar por la ventana: los techos, los árboles, las piscinas de los niños a mitad desinfladas con el agua estancada y sucia de la última lluvia. Pensé: si cierro los ojos tal vez vea lo que hay detrás. Pero al cerrarlos solo vi a Ricardo, a Ricardo y a mí la noche en que nos despedíamos en la puerta de mi casa y vimos aparecer a dos chicas góticas de la mano. Se detuvieron justo bajo el foco, de esos que se prenden y apagan al detectar movimiento, y se besaron. Los vestidos negros de encaje y seda, la piel empalidecida de tanto polvo, los corsés hincados en la cintura. No había nadie más en la calle, cuatro de la mañana un lunes o un martes. Y Ricardo se fue —como dijo después— alucinado, y yo lo miré alejarse; un ángel alto y tambaleante.

El primer verano, exhausta tras la búsqueda de casa y las peleas con la Rata, casi no salí del triángulo que formaba mi departamento, el Varela Varelita y la parrilla Lo de Bebe, en Charcas y Julián Álvarez. Siete cuadras en total; «el triángulo del bien», lo llamaba. Todo lo que quedara fuera de él me generaba una inquietud solapada, un temor tenso y frágil como un sonido. En esa parrilla nos juntábamos a comer con mis amigos Ricardo Strafacce, Osvaldo Baigorria, Andy Andersen y Ariel Idez. Como solo vendían carne, Bebe me dejaba comprar la comida en el árabe de al lado y llevarla a nuestra mesa, bajo el retrato de Evita y la bandera cubana.

Pienso: el Congreso de la Nación. No lo vi hasta un año y medio después; casi me estaba yendo de Buenos Aires cuando lo vi. Queda en pleno centro, sí. Sé perfectamente dónde queda ese edificio gigante, gris, un mamut fosilizado; puedo cerrar los ojos, trazar un mapa en el aire y decir que el Congreso queda en avenida Rivadavia y Entre Ríos, que del otro lado se convierte en Callao; puedo indicar qué metro para ahí; sé que Callao sale perpendicular y que hay colectivos que te dejan en Santa Fe, justo debajo de un gigantesco cartel de Adidas

con la foto de un tenista famoso. Pero por mucho tiempo no lo vi, casi diría que no lo conozco, como no conozco muchos otros lugares importantes de esta ciudad. Son nombres, cruces en un mapa. Cualquiera podría hablar de Buenos Aires como ese uruguayo que, en su casa, hacía visitas guiadas del Museo del Prado sin haber ido nunca al Museo del Prado. La ciudad es otra cosa; una construcción hecha de personas, de afectos. Será por eso que, hacia el final de su vida, mi abuela se sentía desorientada, como si ya no perteneciera a la ciudad, porque casi todas sus amigas se habían muerto. Al revés, debería decir: como si la ciudad ya no le perteneciera. Los ladrillos habían sido esas personas y ahora eran polvo que vuelve al polvo, una ciudad derrumbada.

Yo quería aprender a vivir sola en Buenos Aires. Treinta y tres años, el cuerpo un campo minado, y aún no lograba ser libre, arrancar la costra mugrienta que me envejecía, que me obligaba a caminar con bastón, agarrándome de las paredes, oyendo el crujido de mis rodillas artríticas. Mi pretendiente más joven tenía veintiséis años, la barba le crecía despareja, tres pelos locos en la mejilla y sobre el labio. No sé qué quería de mí. No sé qué pensaba que podía darle. Traía drogas y vino, a pesar de que yo quería dejar las dos cosas. Para su desgracia, supongo, nos quedábamos tirados en el parque hablando hasta que amanecía. Yo pensaba: no me gustan los hombres y sin embargo él no es del todo un hombre. Aturdidos, salíamos a la luz del día. Nos demorábamos en la puerta, maravillados por el movimiento de las hojas, como una red en la que se retorcián infinitos peces. El frío nos tocaba los brazos insensibles. Era violento ese golpe de todo lo sano que tenía la mañana contra nosotros. Cuando él se iba, yo subía a estirar el tiempo

en mi habitación tapiada, la luz encendida, las copas aún en el piso, las bolsitas acabadas, chupadas hasta el cansancio.

Ada también tenía veintiséis años, pero parecía mayor porque era alta y gruesa; lo doblaba en tamaño. De una inteligencia rabiosa, no había libro argentino que no hubiera leído. Yo me burlaba de ella, también de Ricardo. «Ustedes piensan que la literatura empieza y termina en Argentina». Ricardo habría dicho que sí, si no fuera por Kafka. Ada podía molestarse o reírse, según el día. Cuando estaba desnuda, lo primero que hacía era taparse el vientre con la mano. Le avergonzaban sus tobillos. Tenía la voz ronca y una relación con los libros que yo envidiaba; puro placer, nada de conflicto. La primera noche con ella, por ejemplo, ¿qué era Buenos Aires? Buenos Aires era ese remolino que giraba a nuestro alrededor mientras esperábamos el colectivo que nos llevaría a su casa. Iba vacío, las luces azules, la cumbia a todo volumen rebotando en los espejitos y en las borlas lilas que se agitaban mientras casi volábamos por avenida Córdoba. Del resto solo me queda la imagen de unos árboles en la ventana y nosotras bailando en un living que ya empezaba a iluminarse con el sol. Le pedí que bajara las persianas y fingimos que era de noche. Me leyó en voz alta de un libro sobre el que escribía un artículo y yo escuché con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en su falda. Emocionante, sí, muy bueno (necesito fingir cuando estoy con ella para que no se dé cuenta de que no entiendo de qué me habla, que su idioma de novedades editoriales me resulta tan ajeno como sus shorcitos desflecados), y a la mañana siguiente ella está desnuda bajo la musculosa blanca; recostada contra el piano, desafiante, una criatura envuelta en olor a café.

Cerca del mediodía tomo un colectivo que pasa por la puerta del Barrio Chino y cruza las vías de Belgrano. A lo lejos, las vías parecen unirse y tiemblan en el resplandor blanco. Pienso lo que ya pensé en otra ciudad y ante otro cuerpo: espejismo. Las personas no son iguales, tampoco las ciudades. Cambia lo que permanece en el recuerdo, reeditado incontables veces hasta convertirse en verdad.

Conocí a Marita una semana después de mudarme al monoambiente. Es cierto que la vi el primer día, mientras maniobraba para sacar el colchón del ascensor —se había asomado a la puerta al oír mi forcejeo envuelto en el crujido del nailon—. No me preguntó si necesitaba ayuda, solo me miró detrás de la rendija que permitía la cadena. Como adentro estaba oscuro, no alcancé a verla. Intuí una melena de mujer, un ruido de platos detrás de ella, y sin saludarla seguí con lo mío, demasiado feliz para siquiera considerar la existencia del otro.

Dejé el colchón en el piso, contra la pared desde donde podía verse una ventana con una cortina turquesa (luego sabría, la ventana de Marita). Prendí la computadora y encontré el wifi de un vecino sin contraseña. La red se llamaba «Si no me tienen fe» y era una señal débil, que por momentos se cortaba y podía permanecer días parpadeante, como un latido moribundo. Me senté en el colchón y miré alrededor: veinticuatro metros cuadrados, todos para mí, y por la mitad del precio que pagaba por compartir el inodoro ortopédico de la señora Nibia. El departamento había sido un consultorio psiquiátrico, por lo que no tenía placares y la cocina quedaba dentro de

un armario. En las paredes aún resaltaban las sombras de los cuadros anteriores, ojos esquivos, infinitamente grises.

El barrio me resultaba demasiado lujoso en comparación con Paternal y hasta me daba cierto pudor pasearme por la plaza Guadalupe, con sus frondosos árboles y sus cafés europeos, cuando yo tenía unos trabajos aislados, semana sí, semana no, que apenas me cubrían el alquiler. Pensé en llamar a Delmira y contarle la noticia. La última vez que hablamos ya compartía el cuarto de la pensión con dos hermanas gemelas, también de Bolivia, hijas de unos amigos de su familia. «Cuando están las dos, es como ver doble», me dijo. Pero lo más importante era que estaba enamorada. Ella y su novio tenían planes de mudarse juntos a fin de año, vivirían con la abuela de él. «No más pensiones», me dijo; hablaba fuerte, parecía otra. Busqué su número pero no lo encontré. Había quedado en el celular viejo.

Abrí una botella de espumante para celebrar y la tomé hasta caer dormida, entre náuseas y vahídos, en el colchón sin sábanas. Desperté a cierta hora de la tarde. El silencio me abismaba; por momentos me parecía increíble no oír los aullidos del perro-lobo y los rezongos de la vieja, pero también me llegaba, con la cadencia de los estados nauseosos, cierta nostalgia de aquel ruido de tren que se colaba por las noches desde la estación Paternal y la sospecha de que ese barrio, con su olor a torta frita y a llanta quemada, me pertenecía más que este silencio de consultorios vacíos en un barrio inventado al que llamaban Villa Freud.

Al otro día fui a la iglesia, el único lugar público donde podía llorar tranquila, y eso hice, sentada en el banco debajo del Cristo crucificado. Un cura se me acercó. Me preguntó si

estaba bien y yo, para justificarme, le dije que lloraba de alegría porque nunca había tenido nada y ahora, por primera vez, era dueña de algo: un colchón comprado al judío de avenida San Martín, mi pertenencia de mayor tamaño, mi primer bien mueble, un objeto que me daba un vértigo increíble porque me anclaba de forma más o menos estable a una ciudad. Y sobre el colchón había quedado la copia firmada del contrato de alquiler. Mi propia firma (vértigo), mis propias decisiones hechas materia.

Un día sonó el timbre y era Marita. Una mujer mayor y de rasgos bellos; ojos oscuros y grandes, como los de las bailarinas árabes, o al menos como los ojos de las bailarinas árabes que yo imagino. Traía una porción de pastel de carne y una botella de coquito, bebida a base de leche de coco, ron y abundante azúcar. Con torpeza le agradecí. No le dije que era vegetariana; tampoco la hice pasar. El pastel de carne, en un platito de postre, estuvo sobre la mesada el día entero. Luego pasó a la heladera y ahí se quedó hasta volverse duro y renegrido. Creo que seguía en la heladera el día en que finalmente la invité a tomar un café. Para ese entonces ya había notado que rengueaba y durante meses fantaseé con pedirle que se sacara la prótesis, como en ese cuento que me gustaba tanto, en el que un vendedor de biblias seducía a una mujer solo para robarle su pierna de palo. Yo le revelaba poco de mí. Nunca mencioné a la Rata ni las razones por las que mi persiana permanecía baja durante días, a pesar de que ella podía ver la luz prendida entre las rendijas superiores.

Hablábamos por hablar; del clima, de comida, del edificio ocupado en la otra cuadra. Hablábamos de Puerto Rico, también, ese país-paradoja que no tenía derecho a votar por

ningún presidente. Marita era del partido independentista, es decir que pertenecía al cuatro por ciento que en 1993 había votado por separarse de Estados Unidos. Para el siguiente plebiscito, el de 1998, Marita ya estaba en Buenos Aires y ya tenía una pierna menos. Me dijo esto y se rio —tenía una capacidad envidiable para reírse de sí misma. A veces decía «toco madera», y se daba unos golpecitos con los nudillos en la pierna artificial—, porque cuando le dijeron que tenía cáncer en la cadera, un cáncer raro del hueso, lo primero que hizo fue viajar a Estados Unidos a operarse. «No necesité visa para entrar», dijo riendo. Sí, podía reírse de todo, y estoy segura de que se habría sacado la pierna de plástico y habría bailado para mí, dando saltitos en un solo pie, si yo hubiera tenido el valor de pedírselo.

Pasaron dos o tres semanas desde que me tocó la puerta con su primera botella de coquito hasta que volvimos a encontrarnos en el *hall*. Ella aceptó enseguida mi invitación y hasta sentí que antes de entrar hizo una pequeña reverencia, aunque quizá solo haya sido un mal movimiento, un tic de la cadera ausente. Miró alrededor y vi cómo sus ojos intentaban calibrar la situación: ¿dónde estaban los muebles?, ¿dónde, los objetos? Hacía poco que me había mudado, sí, pero las cosas estaban dispuestas de tal modo que parecían ahí para quedarse. Quiso elogiar algo y habló del ventanal. «Rica luz», dijo, buscando disimuladamente algo que luego supe era una silla.

Además del colchón y de la valija, ahora tenía un perchero y dos cajas de Santillana, en las que me habían llegado los manuscritos para los informes de lectura, prolijamente forradas con un papel satinado que robé del Centro Cultural de España. Para que no se desfondaran, rellené de libros mis pequeñas

mesas, los pocos que había traído conmigo a Buenos Aires y que, por esa razón, nunca llegué a leer. «Estoy con algunos problemas de mobiliario», le dije a Marita. Ella no necesitó más; tenía esa rapidez que en el Río de la Plata llamamos «viveza criolla». Se levantó un poco la pollera larga y por debajo de la tela asomó algo de un rosado pálido, por completo inhumano, por completo irreal, más parecido a un jamón o a las encías brillantes de algunos dientes postizos. «Yo también tengo un problema de mobiliario», dijo.

La operación de Marita fue el último regalo de su exmarido. En cuanto supieron del diagnóstico, él la internó en una clínica de la Florida, dejó paga la mejor prótesis del mercado y se fue a vivir con una exalumna de veintitrés años. No estuvo presente durante la operación ni después. Como no habían tenido hijos y Marita no trabajaba, quedó sola, pobre e inútil en menos de una semana. La casa de San Juan se la dejó para ella, eso sí, pero entre operación y el usufructo de la casa consideró que quedaban saldados veinticinco años de planchado de camisas y arroz con gandules. Fue entonces que su sobrina, casada con un argentino, le ofreció venir a Buenos Aires. «En el fondo me odia», dijo Marita, «pero es buena. Demasiado buena para devolverme a San Juan». Una noche, más bien una madrugada, Marita recibió una llamada del exmarido. El tipo llamaba desde México, borracho, desde un *resort* donde pasaba las vacaciones con su nueva mujer, uno de esos hoteles con canilla libre de margaritas en las piscinas calientes. Quería decirle que era feliz, que no podía evitar ser feliz con su exalumna, y que por eso le pedía perdón. «Me pedía perdón por ser feliz», dijo Marita una tarde en que habíamos tomado bastante. «¿Se habrá pensado que soy la

fuckin Virgen María?». Ahora, cuando venía a visitarme, traía su silla plegable, una especie de taburete de cocina que abría con cierta violencia, como una enorme tijera, y se sentaba allí con la pierna buena doblada y la artificial extendida sobre el escalón del ventanal.

En cierto momento la conversación languidecía y quedábamos en silencio. El silencio era cómodo entre nosotras. Mirábamos las azoteas de las casas, siete pisos más abajo, mirábamos los árboles de Julián Álvarez (solo las copas, melenas de señoras altas), las nubes que se acercaban desde el Norte y la cortina gruesa que se movía apenas en su ventana, hasta que yo prendía la luz, como un viejo mago que revela sus trucos, y nos decíamos adiós.

Todo coexiste. La cronología es artificial, solo determinada por la emoción. Cuando resbalé por la escalera del bar, incluso antes de partirme el labio, ya estaba resbalando por la escalera de La Boca —las mismas botas, los mismos escalones de madera gastada— el día en que mi padre murió. Quizá mi padre ya estuviera muerto entonces (queremos esquivar la muerte que ya nos mató). Resbalo. Estoy borracha pero menos que otras veces, manoteo la baranda, veo la sonrisa de Ada que me habla desde el descanso, unos escalones más abajo, y la sonrisa no tiene tiempo de deshacerse porque antes me deshago yo: caigo. Y qué larga puede ser una caída. Ada me levanta. Creo que nuestra relación está terminada. No queda nadie en el bar más que los chicos de la barra; están cerrando. Me ven, supongo, con las manos llenas de sangre envolviéndome la boca. Me alcanzan un trapo con hielo y me acuestan en un sillón. Pienso que tengo las manos sucias, que no llegué a lavármelas al salir del baño. Recuerdo entonces que fue al revés: mi padre murió hace tres meses. ¿Qué escalera sucedió primero? Dormito con el hielo apretado en la boca. Cuando abro los ojos, veo a

Ada bailando sola en el bar vacío, las sillas dadas vuelta sobre las mesas. Todo coexiste. El artificio es cronológico.

Importante no decir «contigo». Si digo «contigo» me delato; debo decir «con vos». Debo decir «colectivo», «facturas», «ripio», «expensas», «zapatillas», «obra social», «estar lista» (y bajo ninguna circunstancia «estar pronta»); debo decir «birome». Marita también se ha ido contagiando. Sigue diciendo «jíter» para la estufa y «estufa» para la cocina; cuando se enoja con su sobrina grita «¡que bregue!», pero ya no le dice «barra» a los bares ni «mahones» a los jeans. A veces se le escapa un «entendés» y yo me río. A veces Ricardo me mira, como si acabara de descubrir algo esencial sobre mí, y me pregunta: «¿Eso es tuyo o es uruguayo?».

Esta ciudad desconoce la corrección política. Aquí, al chino se le dice chino; al peruano, peruano; al español, gallego; al judío, ruso. Una se acostumbra rápido a llamar a los otros por su nacionalidad: la uruguayaya, el tano, el paragua. Pero hay más: el Petiso, el Tartamudo, el Pelado, y hasta el Gordo Ramírez hace chistes de gordos. «No», dice Ricardo (la piel se le pone roja cuando enfatiza): «Yo no hablo español, hablo castellano». Y hay que llamar Scalabrini a la avenida, no por su nombre anterior y gringo que todavía usan los viejos, los

taxistas, los milicos y alguno que quiera sonar demasiado porteño. Perón le cambió el nombre a Canning por Scalabrini Ortiz, que durante la dictadura volvió a llamarse Canning y con el gobierno de Alfonsín, nuevamente Scalabrini. Ricardo vive en *Scalabrini Ortiz* y habla *castellano*. Hay que llamar a las cosas por su nombre; la historia está fresca y el significante no perdona.

Mientras tanto, yo busco salirme del intríngulis; la paradoja que acaso nunca se resuelva. «Buenos Aires quiere a quien la quiere», me dijo alguien en el Hospital Odontológico, donde me atendieron sin pedirme ni el nombre. Una ciudad siempre al borde del colapso, y sin embargo generosa; una ciudad con facilidad para adoptar extranjeros y hacerlos suyos. Incluso yo aparecí un día en la mesa de novedades argentinas de Hernández, signo inequívoco de que la ciudad empezaba a digerirme y a integrarme a su sistema. Me lo anunció, indignado, un uruguayo que paseaba por las librerías de Corrientes. Buenos Aires te digiere, pero antes tiene que masticarte.

«Ese cabrón», decía Marita cuando hablaba de su exmarido. «Prefiero morirme de cáncer antes que perdonarlo». Yo me burlaba de sus exageraciones y hasta una vez le contesté con esa frase de Perón: «Al amigo todo. Al enemigo, ni justicia». Pero entonces recordé el plebiscito del ochenta y nueve, cuando Uruguay votó para revocar la ley que indultaba los crímenes militares de la dictadura. En mi imaginario de doce años, el voto de los colores se reducía a un *jingle* pegadizo en la televisión y a la idea difusa de que los verdes eran los buenos y los amarillos los malos. Los de verde bailaban y tocaban la trompeta en la tele; cantaban «yo votaré por la verdad, por la verdad» y del cielo caían serpentinas. Recordé aquella noche de mis doce años en que abrí la puerta del dormitorio y encontré a mi padre sentado a los pies de la cama, la cabeza sostenida como un fruto enorme y maduro entre las manos, llorando frente al televisor que acababa de anunciar el triunfo del voto amarillo. Veinte años después se juntaron las firmas para intentarlo de nuevo y fui yo la que lloré, frente a la pantalla de la computadora y en otro continente, la derrota del segundo plebiscito.

En Argentina, Néstor Kirchner había hecho bajar el cuadro de Videla. Yo todavía alquilaba el cuarto en Paternal cuando me enteré de la muerte de Kirchner. La dueña de casa, la misma que no quería a su madre, lloró a moco tendido frente al televisor, con el perro-lobo como un felpudo blanco a sus pies. Estuvimos horas sentadas en la sala, viendo la procesión en Plaza de Mayo, mirando los documentales que repasaban la vida del expresidente y que, una y otra vez, mostraban la famosa imagen del retrato de Videla. «No se puede vivir así», dijo mi padre, cuando la mayoría de los uruguayos, por comodidad, por miedo o simple cobardía, prefirió seguir sentándose en los mismos ómnibus y comiendo en los mismos restaurantes que asesinos y torturadores. «No se puede vivir en un país así», dijo Marita otra tarde, hablando de Puerto Rico.

«¿Y acá sí se puede?», le pregunté con sorna. Ella se encogió de hombros y soltó un ruido por la nariz, una especie de ronquido. Nos quedamos calladas; ya empezaba a oscurecer y la proximidad de la noche se anunciaba con sus estrellas tempranas, la luna ansiosa y pálida entre dos edificios. Marita miraba a lo lejos, como si quisiera abarcar toda la ciudad, mucho más allá de los límites del ojo humano. Era eso: una mirada sobrecogedora, una ambición desmedida. Con hambre, me acuerdo que pensé, la misma con que quería la libertad de su isla y la misma con que odiaba al cabrón de su exmarido. Buenos Aires era un monstruo recién atrapado que se retorció bajo nuestros ojos. Pero el monstruo no se dejaba disecar; se transformaba una y otra vez, con cada bramido, con cada intento por librarse de unas manos exasperadamente suaves. ¿Y qué era para este monstruo un día, un año, siquiera una década? «En esa plaza», dijo Marita, señalando en dirección

de la iglesia, «vi a un hombre canjear servicios de plomería por un táper con alfajores de maicena».

Nos habíamos quedado casi a oscuras; las luces hacían brillar las ventanas de los edificios y permitían ver las siluetas negras que pasaban de una habitación a otra. «Te apuesto que el de enfrente ahora prende la tele», dije, pero Marita no me escuchó, seguía con aquella ferocidad en los ojos, hurgando en la noche recién nacida.

«Ni olvido ni perdón». Había una pintada enorme en el muro de una casa sobre la calle Mansilla. Y sin embargo por las noches yo cerraba los ojos e intentaba perdonar a la Rata. El juicio seguía su curso, pero no era mío, sino del Estado. El verdadero juicio ocurría en otra parte, dentro de mí, y fuera: en el infierno de Swedenborg, ese infierno en vida del necio que ni siquiera se sabe necio. En un último correo con ribetes de *western*, la Rata me decía que esta ciudad era demasiado chica para los dos y me conminaba a abandonar el país. Estar en Buenos Aires era mi forma de resistencia; debía conquistar esta geografía, encontrar mis propias razones para irme o para quedarme.

¿Cómo nombrar a las cosas? Cómo acercarse lo más posible al asunto que se quiere contar, es decir, al corazón del asunto, no a la anécdota. Porque no se puede llegar a él en línea recta; hay que merodearlo, dibujar el contorno a partir de las múltiples vueltas y los múltiples intentos, de modo que al final el asunto quede expuesto como un hombre invisible al que se le ha tirado una sábana encima. Una nueva ciudad también se construye así: merodeándola, recorriendo las calles y sus espacios hasta llenarlos de significado, hasta que esa esquina no sea más una esquina de casas a medias demolidas, con un cartel de Farmacia

titilando en la noche, sino el lugar donde besé a la muchacha y casi pensé que me casaría con ella porque era linda, rebelde y estudiaba filosofía. Ahí donde nos tocaron bocina y nos reímos con los labios todavía pegados. No importa que seis meses después la muchacha tuviera un novio punk, se hubiese rapado la mitad de la cabeza y enrollara tabaco en la ventana del Varela sin saludarme siquiera. «Tu camionerita», me decía Ricardo cuando la cruzábamos en el bar. Claro que nunca fue mía, o al menos solo lo fue durante el instante del beso en la esquina donde también había un basural y esa farmacia de turno, toda enrejada. O como la calle de Guardia Vieja, que caminaba para ir a unas reuniones de budismo zen en las que repetíamos *Nam yo horengue kyo* frente a un pequeño altar con un pergamino, y de las que me escapé más de una vez para tomar cerveza en La casa del queso. O la plaza de Retiro, con la famosa Torre de los Ingleses (rebautizada con el nombre menos escabroso de Torre Monumental), que atravesé corriendo detrás de una mujer que reclutaba clientes para las fotos del carné de identidad, el día en que por fin tuve mi DNI argentino. Entre los que corríamos, había un niño vestido de escolar con una mochila de Bob Esponja, y recuerdo cómo sonaban sus útiles al agitarse dentro de la mochila; recuerdo la falta de aliento y el frío glacial de la sala de espera que irónicamente quedaba en la avenida Antártida Argentina.

Quería hablar únicamente de Buenos Aires, no mencionar el juicio y el hecho, entre absurdo y surrealista, de que en mi heladera estuvieran pegados los teléfonos celulares de los patrulleros que hacían ronda por mi barrio. Pero no pude evitarlo, y tal vez hasta termine contando lo que ocurrió en mi casa una madrugada de abril y que tuvo como consecuencia la denuncia anónima de un vecino (alguna vez pensé en Marita, aunque ella nunca se refirió al incidente). Imposible evitarlo, digo, porque mi Buenos Aires también estuvo hecho de juzgados, un edificio lúgubre justo detrás de uno de los *shoppings* más caros de la ciudad, con pasillos interminables, solo interrumpidos por pequeñas ventanas de vidrio opaco que se abrían por un instante y volvían a bajar con un golpe seco, de guillotina. Uno intuía que detrás de esas ventanas se movían los burócratas como animalitos laboriosos, aunque tal vez la verdadera utilidad del vidrio opaco fuera ocultar el hecho de que nadie hacía nada, de que tiraban una moneda al aire para decidir la suerte de este o de aquel. Cara: «El juez no ha firmado su documento. Vuelva el lunes». Cruz: «El encargado de su carpeta está con licencia médica. Vuelva en una semana».

Cada tanto asomaba una cabeza poco amable, decía alguna cosa, un brazo se estiraba cual lengua de oso hormiguero para recibir unos papeles y volvía a desaparecer adentro. Trac. Cae la ventana. A veces daba la impresión de que por allí saldría una pizza o un paquete de churros, pero no, las ventanitas se cerraban detrás de los papeles y, en los pasillos, sentado en un banco solitario, siempre quedaba alguien esperando. Qué esperaban, imposible saberlo. Esperaban por esperar, tal vez, porque uno se acostumbra a eso.

Una vez vi a un policía escoltar a un hombre esposado; sus pies, aunque estuvieran sueltos, parecían arrastrar un grillete. Por esos corredores también yo daba pasos cortos. En la fiscalía me dijeron, «para que me quedara tranquila», que ya no podía hacer nada para detener esto, que el Estado (el Estado *argentino*, del que por entonces no tenía ni el documento) había intervenido de oficio y que yo solo podía optar entre colaborar o no. Mis Odradeks estaban de fiesta; bailaban y escupían una baba que se endurecía en mis articulaciones.

Más sórdido que el juzgado fue la visita al edificio de la Policía Técnica. Llegué caminando, recuerdo que hacía calor y que había dejado atrás el jardín japonés, las enormes avenidas que aún me daba susto cruzar porque no se parecían a nada que yo hubiese visto durante mi infancia: un mar de autos, una calle con tentáculos de calamar gigante. No vi a nadie en las escaleras oscuras y seguí subiendo, sintiendo en la mano la rugosidad de la baranda en las partes donde ya no quedaba pintura. Tenía la sensación de estar en un cuartel; la sensación de ser una turista en unas ruinas que alguna vez habían conocido su terrible momento de esplendor.

Dejé atrás la oficina de «Lucha contra el terrorismo» y llegué a una puerta de vidrio. En la sala de espera había un sillón de cuero destripado, con el polifón asomando como pus de una herida infectada. Sobre la mesa ratona, una planta que no recibiría jamás otra luz más que el brillo enfermo de los tubos fluorescentes, tenía un cartel clavado en la tierra: «Soy una planta, no un cenicero». Sentí un escalofrío que achaqué a la falta de ventanas; el aire y la sangre igual de estancados, igual de quietos.

Crucé la sala de espera y me atendió una recepcionista que me indicó el camino a la oficina donde me esperaban. La oficina era una copia, o una parodia, de las películas. Un lugar sin ventanas, con altísimas estanterías metálicas que cubrían las paredes y donde se apilaban los expedientes; un ventilador de techo que no alcanzaba siquiera a disipar el humo de cigarrillo, suspendido como una eterna neblina, y dos computadoras viejas sobre la única mesa que compartían los tres policías técnicos (¿funcionarios de inteligencia?). Los tres eran pelados; los tres tenían los botones de la camisa a punto de reventar. No había comida sobre la mesa, pero sí un arma, que uno de ellos se encargó de cambiar de lugar, lejos de mí.

Lo que debía hacer era entrar a mi cuenta de correo desde sus computadoras prehistóricas y dejar que ellos verificaran el IP, o algo similar, de los *mails* que me llegaban a granel desde la casilla de la Rata. Analizaron tres direcciones distintas, incluyendo una identidad falsa desde donde la Rata me escribía haciéndose pasar por un periodista de provincia con nombre de calle (calle que, por otra parte, quedaba a una cuadra de mi casa). El procedimiento fue bastante rápido y no hablamos de nada más, pero antes de irme, uno de ellos, el que había alejado

el arma, me deseó suerte. «Gracias», dije, un poco nerviosa. Hice un falso movimiento, y quizá por eso el más gordo habrá creído que yo esperaba otra cosa, algún comentario. «¿Cómo pudiste meterte con un tipo así?», me dijo. No creo que haya sido una verdadera pregunta. A la camisa le faltaba un botón y se le abría como un ojo en el pecho. Lo quedé mirando —habrá sido un tiempo breve, pero lo suficiente para que lo notara y se cubriera con la mano—. Entonces vi que tenía un anillo, una alianza que le apretaba el dedo rojizo.

A veces, mientras viajaba en el 152 a la editorial para recoger los manuscritos, me encontraba buscando por la ventanilla lugares nuevos de los que guardar registro, imágenes sin resonancias, sin pasado alguno que los vinculara a la Rata. Memorizaba el orden de las calles, descubría una cúpula que hasta entonces había pasado inadvertida entre tanta publicidad; imaginaba el antiguo esplendor de aquellos edificios enormes, que aún se dejaba entrever por las ventanas abiertas: gigantescas arcadas, lujosas arañas de cristal, bibliotecas de pinotea que cubrían la pared; cuadros con barrocos marcos dorados. Afuera, sin embargo, por donde circulaba mi viejo 152, rojo, azul y blanco, era un infierno de peatones, de autos atascados, de colectivos que manchaban de hollín las fachadas, humo que respirábamos por las ventanas abiertas, incapaces de aliviarnos del calor.

La avenida Santa Fe también tenía clases sociales: una sección más humilde, bajo la vía del tren en Juan B. Justo; otra de bazares; tiendas de toallas y sábanas, mercerías familiares con su exhibición de ovillos de lana y manteles bordados, repasadores con la imagen de un gallo colgados junto a un pijama de felpa que no necesitaba maniquí para

mostrarse, sino unos simples alfileres, tiendas de ropa interior femenina anunciada en fotos gigantescas de cuerpos perfectos, perturbadoramente irreales, incapaces de todo sudor a pesar del sol que estallaba en las nalgas redondas y tostadas; después vendrían la ropa de marca, las cadenas de heladerías, la librería El Ateneo, exagerada y fría, y finalmente la zona de tiendas exclusivas, con su ropa para polistas y sus muebles de tamaño descomunal, que habían logrado instalar el fervor por el estilo funerario-chic: arañas de acrílico negras, mesas lacadas, lámparas de pie incrustadas en enormes bloques de mármol, jarrones gigantescos —brillosos, siempre brillosos—, decantadores de vino, copas grandes como campanas.

¿Cuál era mi Buenos Aires?

Al llegar a la plaza San Martín, indefectiblemente me alegraba constatar que aún resistía a la paranoia municipal de las rejas. Las flores de los jacarandás, como estrellas caídas, tapizaban la calle. Trituradas por las ruedas de los autos, teñían el asfalto con su sangre azul.

Buenos Aires será, para siempre, la ciudad donde recibí la noticia de la muerte de mi padre. Por entonces, a recomendación de la fiscalía, había dejado mi departamento y vivía refugiada en Boedo, en la casa de una amiga de viaje en Japón. Mi madre y mi hermano estaban de visita por el fin de semana. El celular de mi madre sonó. Ella habrá pensado que querían saludarla, era su cumpleaños y nos vestíamos para la cena. Por la tarde llovió, mientras paseábamos por La Boca. Yo me había resbalado en las escaleras mojadas de un antiguo conventillo y tenía un moretón negro en la cadera y buena parte del muslo; unas franjas más claras, de un gris rojizo, marcaban las juntas de las maderas. El cuerpo se marca, pensé unos días después, con mi padre muerto y yo mirándome al espejo, constatando las líneas en la piel deshidratada y sin descanso.

Tenía la voz de mi padre fresca porque había hablado con él ese mismo día mientras volvíamos en el taxi y me acuerdo que le dije que justo pasábamos por el parque Lezama y por esa iglesia rusa que tanto me intrigaba, con sus torres como masitas de colores. «*Cupcakes*», dije. «¿Ka qué?», preguntó mi padre; había interferencia. «Bueno, nena, después me explicás».

El cerebro no entiende la muerte. El cerebro se queda dando vueltas, girando sobre sí mismo, buscando los matices del lenguaje. Lo encontraron. Lo encontraron casi muerto. El cerebro es un ser que sueña y que va a despertarse justo antes de que el monstruo le coma la cabeza. Y debe ser eso lo que siente cuando la guillotina cae y la cabeza sigue pensando, unos segundos, que acaso no esté separada del cuerpo *del todo*, acaso no, acaso no *todavía*. Mike, dame tu milagro. Dame tu casi muerto. Dame dos años más de padre. Mike, quiero llegar tarde a la cena de tu cuerpo. ¿Alguien se preguntó que hicieron con tu cabeza? ¿Qué hicieron con tus restos?

Mi madre hace un silencio y yo me alerto: «¿Qué pasa?» Ella corta. Me dice todo menos el *casí*. Llamo a Ricardo. Tiemblo tanto que el teléfono me salta en las manos como un pez plateado y resbaloso. Lo próximo, estoy en un taxi rumbo al puerto y veo la ciudad destrozada tras el caleidoscopio de mis ojos; las calles se derriten en luz roja, verde, blanca. Tengo el pensamiento absurdo de que veo estas calles por última vez; entonces sobreviene un silencio y estoy contando para mis adentros: un cartel, una casa, un árbol. Un símbolo de McDonald's. Un colectivo. Un puesto de diarios.

Cuando tomamos Corrientes estoy segura de que nunca volveré a esta ciudad, porque cuando regrese habré visto el cuerpo de mi padre sin vida y ya no seré yo sino otra quien regrese a Buenos Aires.

Esta mañana recibí un mail de Ricardo que me hizo acordar a otro, de hace casi dos años, en aquellos meses tristemente inolvidables que pasé en Boedo. Dos años, dos ciudades, una misma postdata:

«Me quedé dormido en el sillón. Desperté hace un rato (acá son las siete y media de la mañana en todos los relojes) y vi, sobre la mesita que tengo al lado del sillón, una copa. Y dentro de la copa, vino. Lo bebí, me gustó, me serví otra. Y me dieron ganas de escuchar alguna canción. Elegí —vos sabrás por qué— al Cuarteto de Nos (la rima determina la peripecia). Quedamos así.

PD: Te extraño como un chino.

R.»

Volví de Montevideo una semana después del entierro. Entre las cosas de mi padre que mi hermano y yo organizamos, encontré la cédula de identidad de mi abuela argentina y dentro de una bolsita de tela tan empercudida que parecía de cuero, un mechón de pelo, el primer corte que mi abuela le haría a su hijo predilecto: un bucle rubio. Fue raro, porque durante el

velorio —y en contra de la voluntad de mi hermano—, yo había cortado un mechón gris y algo pegoteado de la cabeza de mi padre y lo había guardado en una pequeña bolsa que se parecía al monedero de Robin Hood. Puse juntos los dos mechones, el primero y el último, y los llevé conmigo a Buenos Aires.

Pasé dos meses refugiada en la casa de Boedo. Una exageración, a mi gusto, pero ahí estaba justamente el punto (mi punto enfermo, según los expertos, mi punto idiota). Excepto para Ricardo y para un par de amigos más, mi paradero era secreto, y ya que Ricardo tenía fobia a salir del barrio, casi no recibía visitas. Yo lo extrañaba, y de alguna manera también extrañaba a Marita. Igual que en la casa de Paternal, pasaba las tardes en la terraza, sentada en el triángulo de sol que dividía las baldosas en dos colores, las rojas y tibias de las grises humedecidas por la sombra. La gata se echaba a mi lado en las baldosas rojas y se dejaba acariciar el vientre.

Lloraba a veces, pero no tan seguido como hubiera imaginado. Lo que sentía era más bien una electricidad, un dolor desconocido hasta entonces y que rápidamente puso en perspectiva lo demás —cualquier intento de autocompasión, cualquier otra pérdida—. Un ardor. Como si me hubiera quemado por dentro y no tuviera más opción que aguantar el ardor sin ungüentos ni compresas. «Dan ganas de arrancarse la piel», le dije a Dilon, el único al que podía llamar a cualquier hora de la noche porque siempre estaba trabajando. Inútil, sí, pero daban ganas de rascarse, de sacarse ese ardor a jirones, a arañazos. Pasaba el día sumida en una inquietud desesperante, probando cosas que me aliviaran. Sacaba un libro de la enorme biblioteca que cubría la pared (en otro momento un sueño, ahora un simple mueble de madera lustrada), leía un párrafo,

cerraba el libro, sacaba otro, los apilaba en un banquito; subía las escaleras, volvía a bajar; cambiaba de disco: demasiado fuerte, demasiado triste, tampoco era ese ni el otro, tampoco era *eso*.

Aquel otro mail de Ricardo llegó tarde, en la madrugada. «PD: Te extraño como un chino». «No sé cómo extraña un chino», le respondí. «La última vez que vi a un ser humano fue hace cinco días, cuando saqué la basura. El excantante de ópera que vive al lado, me lo crucé en el pasillo. ¿Te dije que me despierto todas las mañanas con sus ensayos? Peor que tus perritos de supermercado».

Porque si algo irritaba a Ricardo era el hábito de cierta clase acomodada que se divertía llevando a sus perritos al supermercado que quedaba en la planta baja del edificio. Como no podían entrar con ellos, los dejaban atados en la puerta, y los perros ladraban, con esos grititos agónicos de chihuahuas o de caniches, de animales condenados por su tamaño a una histeria permanente, ladrándole a su propio reflejo o a los carteles con la oferta de la semana del queso PorSalut o la mortadela Paladini, hasta que el dueño terminaba de hacer las compras. Aunque mi vecino, el extenor que había fracasado en el Colón por su afición al whisky, tenía una voz más grave, sus gritos me resultaban igual de insoportables porque podía pasarse media hora repitiendo únicamente la letra «o» y luego otra media hora haciendo escalas con las vocales. Si estaba de buen ánimo, insistía en alguna frase de *La Bohème* que patinaba peor que un disco rayado: «¡De las almas exultantes nace el amooooor! ¡Nace el amooooor!» (en italiano, por supuesto). El próximo mail de Ricardo incluía día y hora para un encuentro secreto en un restaurante que ninguno de los dos conocíamos y una respuesta: «Para mí, lo chino es lo mucho y lo enigmático».

Volví a Palermo por primera vez desde la denuncia para encontrarme con Ricardo. Ya era de noche, y mientras caminaba por Julián Álvarez, iba alegre, casi cantando. Me alegraban las calles conocidas, las fachadas de siempre, resignadas a los grafitis, los cables negros que colgaban flojos, como guirnaldas de Navidad, entre un poste y el siguiente. El espacio me pertenecía. Había mugre en las esquinas. Mi cuadra, sin ir más lejos, estaba franqueada por dos basurales. Pero igual me alegraba constatar que esta parte del barrio resistía dignamente a la colonización de tiendas y cafés *hippie-chic* que empezaba al otro lado de Scalabrini. Iba cantando, dije, ¿pero qué? Quiero imaginar que cantaba ese tema de Los Olimareños que le gustaba a mi padre, aunque ni siquiera sé la letra. Sí, ahora me acuerdo, iba cantando «Viejo barrio sur, triste y sentimental / La civilización te clava su puñal», mientras subía por Paraguay y llegaba a la esquina de Medrano.

Ni bien doblar vi el colchón del viejo, la cama perfectamente hecha y sus zapatos acomodados en la cabecera como si esperara a los Reyes Magos. Tenía puesto el gorro de siempre, un gorro de lana un poco suelto en la punta que lo hacía parecer uno de los siete enanitos. Seguía ahí. No quiso que lo llevaran al refugio de invierno. En una pensión le habían robado los documentos y dice que nunca más pudo volver a tramitarlos. No podía probar que era él —ni aun que era alguien— sin esos documentos. Casi enfrente, en el pasaje Del Signo, dormía la uruguaya. Se llamaba Graciela y hacía cuarenta años que vivía en la calle. Sabía leer, y muchas veces la veía sentada en un balde de pintura vacío que usaba de taburete, con libros o revistas. Juan Carlos, el encargado de mi edificio, la conocía bien porque trabajaba de voluntario en la iglesia Guadalupe.

«Tenía dieciocho años cuando se vino para acá», me contó. «Un día el marido la abandonó y ella se fue a la calle». A mí me resultaba difícil imaginar cómo alguien podía arruinar su vida por algo tan común como el fin de un amor. «Habría enloquecido», le dije a Juan Carlos, «y por eso se fue a la calle», pero él me aseguró que no; la calle la había enloquecido. Hacía unos años, incluso, la parroquia le consiguió un lugar donde vivir, pero Graciela no quiso. Cuarenta años durmiendo en la calle y ya no podía soportar el encierro. La historia me hizo acordar a la de aquel tibetano que conocí en Inglaterra y se la conté a Juan Carlos, él apoyado en la escoba casi rala con la que barría nuestra vereda, yo con las manos rojas por el peso de las bolsas con papas y mandarinas. El tibetano había triunfado como modelo (un agente lo descubrió durante un viaje por el desierto y se lo llevó a Londres). Benba aprendió inglés y se compró un departamento en South Kensington, pero años después seguía durmiendo en el piso junto a su cama *king size*.

Como ya estaba a pocos metros, rompí la promesa y pasé frente a la puerta de mi edificio. No entré, eso sí. Todo seguiría igual a la última noche: no tuve tiempo de limpiar ni de recoger las cosas rotas antes de mi estrepitosa fuga a Boedo. Me pregunté si acaso habrían arreglado la puerta del ascensor, que la Rata había abollado a fuerza de cabezazos antes de salir corriendo por la misma esquina donde ahora, bajo una montaña de mantas, trapos y trozos de nailon, dormía Graciela, la uruguaya, con sus pertenencias desparramadas alrededor, ocupando buena parte de la vereda. Es así, lo supe entonces, uno fracasa. Graciela, mi padre, también yo. Es fácil adentrarse en el mar, pero remontar la corriente es difícil. El cuerpo se cansa, y al rato ya hemos tragado agua y hasta

perdido las ganas de salvarnos. Una vez estuve a punto de ahogarme en una playa de Uruguay. La profundidad hipnotiza, uno se cree invencible —cuánta calma hay allá lejos, a metros y metros de la orilla— pero al rato, mientras pataleaba como una condenada sobre las olas rotas, espantosamente turbias, me encontré pensando: qué estupidez morir así.

No creo que Graciela estuviera loca. Después de ese día, cuando por fin dejé Boedo y volví a mi departamento, pasé meses observándola. La vi conversar con los vecinos que le traían comida; la vi barrer su porción de vereda y organizar sus pertenencias como si fueran finas reliquias en un bazar; la oí hablar con los chicos del colegio Guadalupe, que la llamaban por su nombre y le contaban sobre los partidos de fútbol que se jugaban en la plaza. La miré a los ojos y ella me devolvió una mirada que estaba muy lejos del delirio. No estaba loca, no, de eso estoy segura. Incluso llegué a pensar que el abandono del marido le sirvió de excusa para otro mucho más terrible, y acaso más digno, el deseo antiguo de entregarse al fracaso.

«Te juro que me tiré», le digo a Dillon. «Me tiré por la escalera». Él no me cree, se ríe; ha constatado demasiadas veces que exagero, que veo las cosas como si tuviera lupas en lugar de ojos. Vuelvo a contarle la caída; vi los escalones pasar, como un tigre en movimiento, y la cara de Ada abriéndose, distorsionada. «Ada puede abrir la cara sin necesidad de abrir los ojos ni la boca», le digo, y él vuelve a reírse, pero yo estoy seria —mortalmente seria—: tres meses exactos desde la muerte de mi padre y desde la otra caída. Lo próximo que veo, lo último, en realidad, es a Ada aspirando cocaína sobre la barra. Hay ruido de botellas; alguno de los chicos del bar acomoda vasos limpios en los estantes. Ada baila sola, un contoneo nada más, se toca la nariz, se estira la pollera, baila en el bar vacío y cerrado, con mi escalera fatal detrás, como perfecto escenario, mientras yo aprieto contra la boca el trapo con hielo. «¿Te acordás del nombre del cirujano?», le pregunto a Dillon. «¿Era joven, no? No tenía ni siquiera mi edad». Dillon finge no recordar, tiene miedo de dar la respuesta equivocada. Pero él estaba ahí, muy cerca, sentado en un taburete metálico; él fue quien me llevó a la emergencia a las seis de la mañana, después de que Ada me

dejara en casa sin mirar ni una vez dentro del cráter negro de mi boca. El cirujano de guardia, que no se conmovió cuando le pregunté si iba a quedar deforme para siempre, me cosió en silencio, respirando a pocos centímetros de mi cara sucia, manchada de rímel, con aliento a cerveza y tequila. «Me tiré», insisto, «te juro que me tiré». Dilon me mira, igual que miró la aguja entrar en mi carne anestesiada, y dice: «Ya es hora que te levantes del piso».

A través de Dilon entré en contacto con un español que reclutaba traductores de francés para hacer subtítulos de programas de cable. Me presenté una mañana en un departamento alquilado en Callao y Santa Fe, uno de esos departamentos funcionales, para ejecutivos, con camas mullidas y servicio de limpieza. El español se llamaba José Luis; tenía los ojos azules y redondos, un poco separados de la nariz, bajo unas cejas espesas y canosas que se movían como orugas. Parecía torturado por los músculos de su cara. A veces la frente y la boca se le retorcían, a veces llenaba las mejillas de aire y lo soltaba con fuerza, desinflándose de golpe. Era serio, sin embargo; hablaba a la velocidad y con el acento de los madrileños, por lo que solo le entendía la mitad de las frases —nunca se lo confesé, ni siquiera cuando nos hicimos amigos—, pero igual daba la impresión de estar diciendo cosas tremendamente serias.

Lo primero que me preguntó fue si era traductora diplomada. Respondí que sí, y estrictamente no mentía (él no me había preguntado de qué idioma, y yo tenía un diploma, aunque nunca hubiera traducido una línea de francés). Durante un rato, mientras nos comíamos una bolsa de facturas, me enseñó a usar

el *software* y luego me propuso hacer una prueba, subtitular un programa periodístico sobre una garrapata de los bosques suizos que transmitía una rara encefalitis. Trabajé dos días y sus noches; busqué cada palabra y cada expresión en múltiples diccionarios; leí innumerables artículos en francés sobre las garrapatas y otros parásitos; sentí en carne propia cada uno de los síntomas de esa pobre chica de veintiún años que casi había visto la luz al final del túnel, y descarté mentalmente la posibilidad de pasar mi vejez escribiendo en los bosques suizos. Entregué justo a tiempo, y esa misma noche José Luis me llamó y me dijo unas palabras ininteligibles y graves que luego interpreté como «bienvenida al equipo».

Así pasó el invierno y empezó la primavera. Entre documentales sobre huertas orgánicas en Quebec, volcanes, torpedos de la segunda guerra mundial, la masacre de los perros inuit y presos heroicos que lograban escaparse de una cárcel de alta seguridad con un alfiler de gancho. Aunque solo pudiera entender la mitad de lo que decía, o tal vez por eso, José Luis se convirtió en un buen amigo. Tenía un sentido tan espléndido de la compasión y de la generosidad, que siempre terminaba salvándoles el pellejo a los traductores que no llegaban a cumplir con las fechas. Pasaba varias noches a la semana despierto, traduciendo a velocidades prodigiosas lo que otros abandonaban. Ni una vez les cobró por esos rescates que le costaban horas de sueño, ojeras y lumbago. Había sido editor y traductor de clásicos franceses, y ahora quería dejar los subtítulos para dedicarse otra vez a la traducción literaria. Tenía el tipo, con su cara nerviosa y sus dedos cortos y rápidos, de alguien capaz de pasar meses sentado en una habitación mal iluminada traduciendo a Proust o a Stendhal.

José Luis era otro exiliado voluntario en Buenos Aires y eso también nos unía. Íbamos a comer pizza a El cuartito, donde intentaba convencerme de que dejara la ciudad y me fuera a cualquier parte, lo más lejos que pudiera del asunto tenebroso de los juzgados. Yo le explicaba que eso significaría irme vencida, pero él no entendía de victorias ni de fracasos; la única victoria, para él, era olvidarse de uno mismo. Incluso me ofreció su casa en Madrid, mientras él seguía reclutando traductores en Argentina, Chile y Uruguay, pero yo me mantuve firme, cosa que desilusionó mucho a sus cansados músculos faciales. «Eres una verdadera mula», me dijo, y llenó el pecho y las mejillas del aire aceitoso de la pizzería.

Es probable que José Luis se haya alegrado más que cualquier otro de mis amigos cuando finalmente le conté que dejaba la ciudad por mis propias razones: acababan de darme la beca. Él recibió la noticia en Vietnam, donde se había enamorado de una ciudad y de una mujer. Ya no trabajaba en los subtítulos. Lo imaginé concentrado y cejijunto, las canicas de los ojos en perpetua sombra, mientras traducía algo farragoso entre sorbo y sorbo de cerveza Bia Hoi. «¿Adiviná qué?», le escribí. «Ahora que terminé de comprar los muebles, tengo que deshacerme de ellos».

Hay que verlo cómo está: pálido, haciendo fuerza con la sonrisa para no desilusionarnos, como trasplantado de la ventana del Varela a un asiento que se balancea y salta sobre el agua barrota del delta. Va haciendo chistes, pero una mano tensa, de dedos largos, lo delata. «Ricardo está nervioso», le digo a Ariel, «Mirale la mano». Blanca, sin sangre. Firme y delicado el gesto con que se aferra a la baranda. «María Celia tiene todo bajo control», dice Ariel, con su inigualable capacidad tranquilizadora. Y tiene razón, uno se abandonaría a María Celia Labandeira sin dudarlo. Digna y brillante —por su inteligencia y porque brilla, literalmente, como una estatua antigua, sagrada—. Apoyo la cabeza contra la ventana abierta; no sentimos el calor de Buenos Aires aquí, con el viento de frente. Restos de una espuma invisible me rozan la cara. Llevo un sombrero panameño, lo que demuestra que este viaje al Tigre es, para nosotros, un safari a otro continente.

El canal principal es un delirio: tráfico incesante, estelas de espuma amarillenta se convierten en un oleaje desigual, cruza una lancha de pasajeros en dirección contraria, por la izquierda salta una lancha-policía, algunos temerarios andan en kayak.

Tendrían que poner semáforos, pienso, sin saber que hay una historia trágica en estas aguas, un amigo de María Celia que murió del mismo modo en que ahora imagino cómo nuestra lancha se despedaza, cómo vuelan los cuerpos desmembrados entre el géiser de espuma, casi bello, rojizo ahora por la sangre y la madera pintada. Trato de alejar el pensamiento. Digo, por decir algo, que el año se está terminando y qué locura, cómo se va otro año. Toco con disimulo el brazo de Ariel. Un escritor-salvavidas. ¿Qué mejor que eso? Ariel siempre huele como si acabara de salir de la pileta. Como si acabara de rescatar a alguien. Tendríamos que casarnos, pienso. María Celia con Ricardo; Ariel y yo: dejar que tomen el control de nuestras vidas.

«¡Casi, casiiii!», grita un niño que espera en el muelle. Mira la brecha cada vez más angosta entre nuestro barco y la plataforma y agita las manos para sostener el peso de su alegría. «¡Ahora sí!», le dice a la madre, que se acerca para sujetarlo del brazo. Los de adentro nos amontonamos para bajar; es una isla concurrida, Tres Bocas, y muchos visitantes vienen por el día. Esta noche hay una fiesta de disfraces.

Ricardo recuperó los colores y ahora va agarrado de María Celia. En la casa de Baigorria ya empezaron el fuego y hay varios hombres en bermudas y sin camisa. Los vasos son de distinto tamaño. Las botellas que trajimos se amontonan sobre el mantel como un oscuro arreglo floral. Las sillas se acabaron, así que algunos están sentados en reposeras de playa y se ven muy bajos; apenas alcanzo a verles el jopo o el marco de los lentes por encima de la mesa. Los de las reposeras son también los que prefieren el sol y lentamente se van poniendo rojos. Susi González y Baigorria van y vienen con ensaladeras y más vasos (aún no pasamos a las tazas; quedan los que fueron

frascos de queso untable o de mermelada). El olor a carne se mezcla con el de otros asados en los jardines vecinos; el humo no se ve, ¿subirá acaso por las chimeneas hasta unirse como una gran nube sobre el cielo de la isla?

Siempre tiene algo de ensueño el momento en que todos suspenden sus preocupaciones y están ahí, pura presencia: felices al mismo tiempo, conscientes incluso de lo ilusorio y pasajero de su felicidad. ¿No es esto acaso la sabiduría? ¿No es esto lo que llaman normalidad? Una abeja pasa zumbando frente a mi plato. Varias manos intentan espantarla, pero ella vuelve y se encarniza contra mí. Oigo el zumbido fuerte, cerca de la oreja, aunque no la veo. Me quedo lo más quieta posible. Las abejas son toros en miniatura y no hay peor estrategia que provocarlas. Los demás abandonaron la conversación y se dedican a mirar el espectáculo de la corrida. Yo inmóvil; la abeja un toro enardecido. Una mano agita el aire cerca de mí, la veo, o más bien recibo el viento que esa mano genera. «No», alcanzo a decir; los ojos de los demás son el aliento contenido del público, y en el fondo —pienso— quieren que me pique, que la placidez se interrumpa con un acto de dolor.

La abeja finalmente se va pero yo quedo en otro lado, alejada de la conversación y de esa palabra rimbombante: la convivialidad. Y ahora veo que las dos se parecen, «rimbombante» y «convivialidad», las dos pecan del mismo impulso de repetir sonidos, intentan detenerse en cada letra para no acabarse más. Me sirvo un poco de la ensalada de papa; el asador suelta una provoleta sobre mi plato que se ablanda como un chicle gigante.

Estoy retraída y silenciosa cuando la abeja vuelve, y será por eso que los demás ni la notan. Esta vez viene sin

buscar pelea; flota un momento sobre mi plato y se posa en un pedacito de manteca de marihuana. Las patas se le pegan, se empantana, y veo cómo se esfuerza por liberarse. Con una pata intenta soltar la otra, pero inevitablemente esa también queda atascada. Saco unas gotas de agua de mi vaso con una cucharita y se las echo encima. Ella se sacude. El horror, el horror. ¿Así sentirás la lluvia? Aletea y parece que por fin va a liberarse, pero no, vuelve a caer; o tal vez simplemente se quede ahí por otro motivo, motivos difíciles de entender para cualquiera, incluso para ella misma. La segunda vez le tiro un chorro directo del vaso. Te bautizo, pienso. O incluso lo digo bajito. Nadie me presta atención; lo importante siempre ocurre en otra parte. La abeja santa se resiste; enganchada de las patas, agita las alas mojadas aunque aún impermeables. Otro chorro de más arriba —ella sentirá una catarata—, y se queda quieta. ¿Qué espera? La reverencia. Mi abeja santa tiene la gracia y es incapaz de todo pecado. Con la cuchara despego las patas de la manteca. La abeja sigue inmóvil, sus alas plegadas y transparentes como un tul que le cubre el cuerpo desnudo.

No puedo estar sentada. «¿No se volvió predecible la falta de sorpresa?», le oigo decir a alguien. Tal vez Ariel, sí, él podría haberlo dicho. Pero no me detengo a escuchar las respuestas; camino hacia el jardín delantero. Allí no hay sombra y el más leve movimiento trae de vuelta el calor. Me parece oír el zumbido de todos los insectos de la isla al mismo tiempo. Al frente de la casa hay un embarcadero; la escalera baja hasta el agua escasa del canal. Pasan kayaks y botes a remo, pasan pequeñas lanchas silenciosas que, al verme, dejan un saludo. Intento imaginar cómo sería vivir en esta isla: por las noches escucharía el canto coordinado de las chicharras, el ruido de

un remo apartando el agua. Me suicidaría, pienso, terminaría saltando al río encadenada o con piedras en los bolsillos. No, miro la corriente y el suicidio no es lo mío. La Rata siempre hablaba de suicidarse, amenazaba con eso, pero tampoco iba a hacerlo nunca. Su vida le fascinaba; sentía una verdadera devoción por su sufrimiento. Y qué iba a ser de él, muerto, sin las luces del escenario. Ya no podría tirarse al piso, rodeado de botellas vacías, la cocaína desparramada sobre el piano o en tizas que él raspaba con un rallador de queso, gritando: «¡Abuelo, perdón! ¡Te traicioné!», y luego romper el rosario y gatear sobre la alfombra juntando las cuentas, entre sollozos interminables. Nada de eso sería posible estando muerto, a menos que los gusanos contaran como audiencia.

No sé cuánto tiempo me quedé sentada en el embarcadero, viendo los botes alejarse sin ruido como extrañas serpientes de agua dulce. En algún momento oigo un crujido y miro hacia atrás. Ariel se acerca con las manos en los bolsillos, los ojos clavados en los pies. «Qué silencio», digo. «¿Oís el zumbido?». Él me pregunta si la manteca de Susi ya me está pegando. «No, no, en serio, hay un zumbido». Se recuesta contra la baranda y mira el agua. «Está baja la marea», dice. Vuelvo a analizar la posibilidad de casarme con él y de mudarnos al Tigre. Le miro los brazos, la parte de las muñecas donde se le marcan los tendones. Podría bañarme en el mar todos los días sin miedo a ahogarme. En eso pienso, y en las chicharras, cuando de pronto se oye un estruendo de agua, no un *splash* sino una implosión, como si el agua se reabsorbiera, y en la base de la escalera aparece Miguel, otro amigo de Baigorria. Tiene algo de monstruo de las aguas: el pelo llovido, el *short* pegado a los muslos, todo chorreando agua, los pelos de las piernas como un

dibujo extraño y arborescente, algas adheridas a la piel blanca. «¿Está fría?», le pregunto, y Miguel, que aún no recupera el aliento, sacude la cabeza. Después cuenta que casi llegó hasta la desembocadura. Trato de convencer a Ariel para que se tire (lo que quiero es verlo sin camisa). Él se ríe. No tiene calor. Insisto; pienso en mi abeja y le digo que saldrá del agua purificado. Me mira a los ojos y por un segundo, estático, sé que él también tiene ganas de rescatarme. Pero entonces Miguel termina de subir la escalera y se sienta con nosotros. Sus pies mojados dejan manchas oscuras en la madera.

Al rato el embarcadero está lleno y nos sacamos una foto grupal. Algunos se tiran al agua, otros salen a explorar la isla. Susi conversa con la travesti que vive al otro lado del canal. Ella le cuenta que está descompuesta, que algo le cayó mal y no durmió en toda la noche. «¿Viste qué divina está mi hortensia?». Se inclina para acariciar la flor curva, como una cúpula rosada, pero se endereza enseguida con un quejido. Se frota la tripa que le salta entre la minifalda y el bucito de licra. «Soy una bola de gas», dice, y Susi, que es médica, le promete que en un rato le alcanza un remedio que no falla. Los que estamos en el embarcadero no participamos de la conversación, pero la seguimos atentos. Junto a dos frondosas hortensias hay un mástil con una bandera del movimiento LGTB; la bandera cae como una sábana ajada, pues no hay ni una gota de viento. Ahora hablan sobre cómo distinguir una hortensia macho de una hortensia hembra. La manteca de marihuana tiene a más de uno a las risas: dicen que Ricardo quedó en la mesa, la manteca lo mareó y ahora no puede levantarse de la silla.

Vuelvo al jardín para ver cómo sigue. Tengo la modorra típica del vino de mediodía y el cansancio de los días de verano, esos en que uno constata que aún tiene cuerpo. María Celia propone tomarnos la lancha; mejor no volver demasiado tarde. Ricardo cuenta lo que Troilo le dijo a su mujer cuando se mudaron a solo diez cuadras de su casa en Corrientes y Paraná: «Vieja, quiero volver a Buenos Aires».

Ariel decide quedarse a dormir en la isla y nos despide en el embarcadero. Entre los tres vigilamos que Ricardo no se caiga al agua. «En Buenos Aires la tierra no se mueve», está diciendo. Los colores del atardecer se diluyen en el río; la calma parece absorber los sonidos de las lanchas como esas cajas de huevo que se pegan en la pared. No quiero irme y sin embargo me voy. Ariel promete traerme otro día. Nuestra lancha se acerca; se ve menos vieja, menos destartada bajo la luz benéfica del final de la tarde, y pienso si acaso tendrá el mismo efecto conmigo.

El señor de los boletos nos ayuda a subir, la plataforma se mueve y hay que tener cuidado al pasar la brecha del embarcadero. María Celia habla poco y empiezo a sospechar que tal vez haya querido irse por otro motivo y no por el estado mantecoso de Ricardo. A veces los ojos se le ensombrecen, los rasgos se vuelven duros, como si se esforzara por mantener el control que todos le envidiamos. Pero ya no está *ahí*; y quién sabe dónde estará, porque es en esos momentos cuando tengo la sensación de estar ante una estatuilla egipcia, con su busto pequeño y su nariz recta y solemne. Va sentada frente a nosotros, pero con el cuerpo dado vuelta. En el camino, mientras rebotamos otra vez sobre el agua que parece barro endurecido, Ricardo me cuenta la historia del accidente en el que murió el

mejor amigo de María Celia. Una lancha atravesada, partida al medio. Ella no vuelve a mirarnos hasta que llegamos a la estación de Tigre.

El tren acaba de arrancar cuando recibo un mensaje de Ada: «¿Dónde estás?». Hace semanas que no sé nada de ella. La última vez me visitó borracha a las dos de la mañana. Llovía, y al entrar se sacó los zapatos, las medias y la pollera. Sentada en el piso, la piel enrojecida en el lugar exacto donde el elástico de la ropa interior le cortaba la circulación, la vi tomarse una botella de vino en menos de veinte minutos. Abrimos otra y ella me pasó un dedo por la pierna, desde la rodilla hasta el empeine, sobre la línea de la tibia. «¿Por qué tu piel es tan brillante?». Le pedí que se sacara la camisa, pero solo la desabrochó. Tomamos el segundo vino sin hablar, ella casi desnuda, yo vestida, midiéndonos, constatando el deseo que ya no sentíamos. Y al parecer, detrás del deseo solo quedaba la rabia, porque al poco rato, como si quisiéramos lastimarnos por el simple hecho de habernos agotado, empezamos a discutir. Ya no recuerdo ni por qué. «Sofocadora y dramática», le dije. Que estar con ella era como ir a una de esas obras de teatro para ciegos: un poco de olor a incienso, una salpicadura de agua y ya te hacían creer que estabas en una isla exótica. «¡No soy tu público ciego!». Después nos reconciamos; le bajé el corpiño y la acaricié, pero sin ganas suficientes como para sacárselo. Tenía la boca seca; no resbalaba la lengua por sus pezones y ya empezaba a amanecer.

«Estoy en el tren volviendo de Tigre», le escribí. Al minuto sonó el teléfono y el nombre de Ada parpadeó varias veces en la pantalla. Incluso antes de su «hola» entrecortado, pude oír

el ruido de voces y de música. Había una fiesta en su casa y yo no podía faltar. «Ya estás en el tren», dijo, «¡bajate en casa!».

Me recibió en la puerta con un beso exagerado. Tenía el gusto amargo de la cocaína en la boca y los labios negros de vino. Probablemente ni siquiera sintiera la lengua. Le dije que no iba a quedarme mucho y en el momento en que entré a la sala ya estaba arrepentida. No conocía a nadie y los que levantaron la cabeza para saludarme tenían las mandíbulas rígidas y hablaban como si necesitaran dejar registro de sus vidas antes del fin del mundo.

Ada estaba de un humor radiante. Enseguida me agarró de la mano y me llevó al baño. Le dije que no estaba tomando, y en alguna medida era cierto. «¿Quién te dijo que era para eso?». Cerró la puerta y se quedó recostada contra ella sin soltarme la mano. «¿Te gustó Tigre?», me preguntó. «Estás roja y todo». Le dije que sí, que había aire (lo repetí varias veces: aire, aire, había aire) y una especie de algo. «¿Una especie de qué?». Lo pensé, pero apenas podía explicármelo a mí misma. Una especie de especie, diría Lamborghini. Ada me sacó el pelo de la cara con la mano libre y se rio. «Una especie de especie y ahora estás celebrando en un baño», dijo eufórica, decidida a que nada ni nadie le arruinara la noche. «¿Por qué quieres irte tan rápido?». Un golpe en la puerta nos sobresaltó. Di un paso hacia atrás hasta que nuestros brazos quedaron tirantes. Ada me soltó y fue hasta el lavamanos. Se miró al espejo y se analizó la nariz. Otro golpe en la puerta. «¡Ya vamos!», gritó.

Estaba odiándome a mí misma pero no se notaba. Sentada en el sillón de cuero negro, hablaba como la más civilizada de las mortales, me interesaba incluso en la historia común y corriente de este chico narigón y tímido, estudiante de teatro, amigo de la infancia de Ada. El fin de su pareja de ocho años, la rutina, la insistencia de ella en tener hijos, sus intentos actorales —nunca con el suficiente arrojo, nunca satisfactorios—, mientras ella era una bióloga en ascenso, con trabajo fijo, con horarios, con un futuro planificado al detalle. ¿Por Dios, por qué seré tan chusma? ¿Por qué estoy escuchando a esta especie de Woody Allen sin gracia en lugar de estar en mi casa durmiendo? Si al menos mi vida tuviera un patrón de movimiento concreto, pensé. Un paso hacia adelante y dos hacia atrás, aunque eso significase retroceder, pero no esta cosa errática, incierta, agotadora.

No sé por qué la gente piensa que un espiral es algo bueno. La idea del espiral tranquiliza a la gente. «La historia avanza en espiral», eso me lo enseñó un profesor de secundaria. Con sus avances y retrocesos, la historia siempre se repite y en ese repetirse va cambiando, lenta, sutilmente, a lo largo de

los siglos. Nadie dice que cambie para mejor, ahí está el asunto. El espiral es una figura traicionera porque nunca se sabe en qué dirección vamos, si hacia arriba o hacia abajo. ¿Y acaso el espiral tiene fin? La ilusión de movimiento deja a todo el mundo contento, satisfecho. Me da asco, recuerdo que pensé, vomitaría sobre esa gente.

Una chica rubia con una minifalda *animal print* estaba parada junto a la ventana besándose con su novio. El amigo de Ada, Samuel, me había llenado la copa incontables veces, pero yo me sentía totalmente lúcida y de hecho afirmé que no estaba borracha. Lo dije con los ojos fijos en el culo de la rubia; las manos del novio se habían deslizado dentro de la pollera y se movían como animales rastreros bajo la tela con estampado de cebra. Pero cuando el sol invadió la sala, de modo que ya no teníamos adonde movernos para evitarlo, y alguien miró la hora y gritó: «¡Son las nueve!» (lo que disparó un ataque de risa en la rubia, que seguía con la pollera a mitad levantada sobre la nalga derecha), no tuve más remedio que concederle a Samuel que había perdido la noción del tiempo.

La verdad es que me sentía como la mierda, pero por completo despabilada, y mientras todos agarrábamos nuestros abrigos, creí de lo más razonable aceptar la invitación de ir a nadar a la pileta de Samuel en Martínez, para refrescarnos, porque era domingo y ¿qué iba a hacer yo con este calor en capital? «Imaginate», dijo Samuel, «cincuenta grados en el cemento», y a mí me pareció que un huevo se freía sobre mis hombros desnudos, que mis pies se hundían en el asfalto derretido de la ciudad. Las calles eran ríos de alquitrán; el capó de los autos, sartenes donde se cocinaban los excrementos de las palomas.

Nos tomamos un colectivo hasta la casa. Se trataba de un mero galpón, un garaje sin pintar, con las paredes de concreto a la vista, una especie de depósito en el que se amontonaba una incalculable cantidad de chatarra. Y entre la chatarra, alguna cosa más o menos completa, una heladera, una silla. Pero resultaba difícil encontrarlas entre tanta mugre estelar: pedazos de bicicletas, caños, baldes, ladrillos, trapos. Al fondo, sin embargo, después de atravesar una puerta de metal que ni siquiera cerraba, había un gran jardín y una pileta rodeada de arbustos altos y espesos. Entre las hojas alcancé a ver otras piletas en las casas vecinas. De vez en cuando se oía el estruendo de una bomba humana en el agua, seguido de risas y voces infantiles. Esto no es Buenos Aires, recuerdo que pensé, es otro mundo. Por un momento creí que Woody Allen me había drogado, y puede que sí haya tomado alguna cosa, además de la manteca, porque cuando Julia llamó para invitarme a desayunar, le dije algo incoherente que luego ella reprodujo así: «Estoy en la parte baja del espiral. Pero, ¿sabés qué? Lo raro es que se siente igual que la parte alta. ¡Es lo mismo! Ahora lo veo. Arriba y abajo son la misma cosa». Cuando ella me preguntó qué significaba «la parte baja del espiral», al parecer yo me enardecí: «¡La bajada!», le dije, «¡La bajada y la subida!».

Hojas marrones cubrían la pileta y lo primero que pensé fue que estarían podridas, tal vez gestando alguna enfermedad. Samuel agarró un calderín y se puso a sacar las hojas. El roce con el agua hacía un ruido de burbujas que enseguida me tranquilizó. Él se movía por el borde enlozado de la pileta. Sin hablar y sin apuro, rastrilló la superficie hasta dejarla bastante limpia. «Fue la lluvia», dijo, y ahí recordé la última tormenta, tres o cuatro días atrás, solo que en la ciudad nunca

imaginaba la lluvia cayendo sobre los árboles y empujando las hojas hacia una pileta.

Como no tenía traje de baño, se me ocurrió taparle los ojos a Samuel con mi pañuelo, un gran cuadrado de tela doblado como un triángulo. Se lo até detrás de la cabeza, comprobé con todo tipo de señas que no pudiera verme, y de paso le hice dar algunas vueltas, de modo que al final parecía una mezcla de gallinita ciega con ladrón del Lejano Oeste. Él giró, obediente, y mientras yo me sacaba la ropa lo vi parado y temblequeante, con las manos estiradas delante de sí, tratando de aferrarse al aire como un mendigo. Después oyó la explosión de mi zambullida y supongo que se habrá sacado el pañuelo y habrá visto mi sombra bajo el agua, las manos y las piernas juntas, una línea disparada hacia adelante.

El agua estaba fría y no tenía el olor penetrante de las piletas cloradas. El impulso de la zambullida me alcanzó para llegar al otro lado, pero mientras avanzaba vi fragmentos de hojas, rocé el fondo áspero de tierra y comprobé que el agua dulce se abría con facilidad ante mi cuerpo. Ojalá hubiera podido quedarme bajo el agua, en ese silencio, en ese bienestar ingrátido, pero al sacar la cabeza el mundo hizo un ruido de embudo y reapareció amplificado.

Samuel ya estaba sumergido. Me quedé en la punta opuesta de la pileta, intentando alejar las hojas con los pies. Estábamos unidos por el agua, en nuestros fluidos, en nuestra baba, en el sudor de nuestros cuerpos nocturnos. Tanto residuo, pensé. Él se acercó un poco; yo nadé sin meter la cabeza para calcular nuestra distancia. «Es el residuo», dije, y me vi obligada a inventar una explicación: «el residuo de las hojas». Después le conté sobre el año en que me obligaron a competir

en natación para la escuela. Yo no sabía nadar, me faltaba el aire, me ahogaba, pero el día indicado competí igual. Las gradas llenas de padres y de compañeros; las cabezas amontonadas para vernos, ridículas en nuestras gorras de goma que se abrochaban bajo el mentón. «No cabía un alfiler, y el ruido», le dije a Samuel, «el ruido era algo que nunca olvidaré». «¿Y qué hiciste?», preguntó consternado (ya ni siquiera intentaba acercarse; se había agarrado del borde y los dos movíamos las piernas en círculos). «Nada. Me paré en el cubo, esperé el silbato y me zambullí». Pero allá abajo, dentro del agua celeste, vino el silencio; igual que ahora, igual que hace un rato.

Nos había bajado el cansancio, sobre todo a él, que estaba pálido y apenas mantenía los ojos abiertos. Era un chico tranquilo, en realidad, un muchacho que podría haberse casado con una bióloga y criado a sus hijos como ella criaba células en un laboratorio. Despacio salió del agua y fue a buscar unas toallas. Dejó una junto a mi ropa y me dijo que me esperaba adentro. Lo vi desaparecer por la puerta de metal, pero me quedé en el agua, mirando el sol que se filtraba entre las ramas convertidas en siluetas. Empezaba a hacer frío o mis movimientos no alcanzaban a mantenerme en calor. Dejé que los dientes me castañearan un poco —me gustaba esa sensación, el temblor incontrolable del cuerpo— y al salir de la pileta me envolví en la toalla, que tenía un olor suave a encierro, a ropero humedecido.

Demoré en vestirme; estuve un rato sentada en una reposera, bajo el único rayo de sol que todavía se colaba entre los árboles, y cuando finalmente entré a la casa y pasé junto al cuarto de Samuel, lo vi envuelto en su toalla, dormido. No lo desperté. Él también sabía, siempre supo, que no nos

volveríamos a ver. Seguí de largo hacia la calle, tratando de no chocarme con ningún fierro o tarro de pintura, cerré despacio la puerta y volví a casa.

No sé cómo se cierra un círculo. Ojalá fuera tan fácil como anudar las dos puntas de una cuerda (pero cuánto tardé, de niña, en aprender a hacer un nudo). No sé por qué a todo el mundo le gusta decir eso: «Cerré un círculo». ¿Por qué se habla de cerrar círculos o etapas como quien cierra un frasco de mermelada? Estamos abiertos; todo sigue abierto, en perpetuo riesgo de infección. Anoche mismo vi en internet la foto de un leopardo que desgarró el cuello de un antílope. El gesto del antílope, su entrega, la manera sensual en que arquea el cuello hacia atrás, ofreciéndose a la mordida fatal. El depredador asume, y eso también le reprocho a la Rata, que no quisiera pagar precio alguno. En su intento por desgarrarme el cuello hubo deseo, sí, pero un deseo vulgar, ignorante de que no hay muerte sin ofrenda ni sacrificio sin ritual.

Estábamos con Ricardo en su casa cuando recibí la noticia. Cada tanto nos sentábamos en el sofá con las manos en las rodillas y la mirada al frente, y escuchábamos *Hay cadáveres* en la grabación de Perlongher. La escuchábamos entera, sin hablar ni mirarnos, y después comíamos pizza con aceitunas. Supongo que ya habríamos terminado de cenar cuando abrí el correo

en su computadora —tan vieja que sonaba igual al pecho de un asmático— y encontré el mensaje. El primer mensaje de la Rata en cinco meses. Dudé en abrirlo. Miré hacia el ventanal donde se reflejaba el interior del departamento. Ricardo leía y pensé si acaso él podría notar un cambio en mi postura, alguna señal de alarma. Pero no, siguió leyendo sin levantar la cabeza, con un vaso de vino al alcance de la mano, concediéndome la soledad necesaria para enfrentar aquel momento sin su ayuda. Acá mismo, hace no tanto, festejamos mi cumpleaños, pensé sin motivo. Y recordé el papel picado que había tirado por el balcón, como escamas, piel vieja, descartable.

En su mensaje, la Rata aceptaba la propuesta de la fiscalía y se despedía diciendo: «Las mujeres son todas unas abusadoras protegidas por la justicia». Trabajo comunitario, terapia grupal, indemnización y no contactarme por ningún medio. Eso, durante un año. La constatación me llegó como una descarga eléctrica. Tanto tiempo esperando que el círculo se cerrara; ocho meses, casi, convencida de que la decisión del juzgado solucionaría todo, y ahora, por más favorables que fueran las condiciones, sentía cualquier cosa menos alivio. Archívese.

Más fácil para la fiscalía que para mí. ¿Cómo se archivan los expedientes internos? ¿Cómo se archivan los expedientes en ese lugar que también es un pasillo, largo y a veces oscuro, pero que no tiene ventanas de guillotina? Se apilan, pensé, acumulan telarañas y polvo durante años y un día la pila no aguanta el peso y simplemente se nos viene encima.

De chica soñaba con círculos de colores. No quería dormir con tal de evitar el vértigo de esos círculos que se achicaban y agrandaban sin detenerse jamás; círculos incesantes, concéntricos, atroces; círculos sicodélicos que me despertaban a

mitad de la noche mareada y nauseosa. Con la indemnización que fijó el juzgado, compré el pasaje que me sacaría de Buenos Aires y me depositaría en Brooklyn, donde se abrirían otras líneas, un territorio sin cartografiar.

El asunto de los muebles fue otro círculo, si se quiere.

Baigorria alquilaba con Andy un departamento austero y helado en el Once. «Austero» es un eufemismo: directamente no tenía nada. Un día vino con un flete y en media hora se llevó lo que tardé un año y medio en armar. Hacía apenas dos semanas había colgado el último cuadro, después de que pasara nueve meses en el piso, recostado contra la pared. Por esos días también compré una silla buena, ergonómica. Mi superstición consistía en seguir adelante como si nada, como si la ilusión de la beca no brillara, intermitente, en la oscuridad de mi futuro. La técnica me la había enseñado un amigo japonés: «No miedo, no ansiedad, no esperanza».

Algo fantasmal ver ese espacio nuevamente vacío, igual a como lo recibí, las mismas maderitas levantadas del parqué, las mismas roturas en la persiana, sin huellas de mí excepto por ese último clavo. Hasta la sombra de los cuadros del antiguo inquilino seguían ahí. Huella sobre huella. Marcas que se acumulan no solo sobre el cuerpo sino también sobre los espacios.

Dos días antes de dejar Buenos Aires pasé por el departamento de Baigorria. Un lugar helado, como dije, porque los cuartos daban a un pasillo abierto y él no tenía estufa. Pleno julio y Osvaldo Baigorria, como un monje o un indio imperturbable, cebaba mate en su pieza con la puerta abierta de par en par a ese balcón oscuro, donde se oía el aleteo de las palomas que anidaban en los tragaluces, un aleteo magnificado

por el silencio y por el eco cavernoso del pozo de aire. Yo acababa de pasarle a computadora algunos artículos que él había escrito para *Cerdos y peces* y hablamos principalmente de eso: del porno en los años setenta, del SIDA, de Perlongher, a quien Baigorria conoció bien. Estaba sentada en la que había sido por poco tiempo mi silla ergonómica; él, en la cama donde, una semana antes, yo había dormido. Sobre la mesa esperaba la pava caliente. Eran los mismos muebles —mi pequeño cuarto transportado—, pero ya no los reconocía. Como niños que han crecido demasiado rápido; como un amor envejecido.

Cebamos unos mates más. Desde donde estábamos no podía intuirse el estruendo de la calle, el fervor de los peatones en plena tarde, haciendo cola en los Rapipagos, comprando chupetines en los quioscos protegidos por rejas o hablando por teléfono en las cabinas de los locutorios. Envolví el mate tibio entre las manos y tomé el último. No hay territorio sin un vector de salida. Miré el reloj; eran casi las cuatro. «Me voy de Buenos Aires para quedarme», le dije a Baigorria antes del abrazo de despedida: «Canta el hototogisu / precisamente hoy / que no hay nadie».

Unos meses después de llegar a Nueva York, recibí un mail de la sobrina de Marita en el que me informaba, con tono íntimo, que Marita había regresado a Puerto Rico. La carta hablaba también de sus esfuerzos, de lo difícil que había sido encargarse de su tía todos esos años, siempre controlando que comiera, que no tomara alcohol a escondidas, que el muñón no se le infectara, que fuera a las reuniones del grupo. «¿Y para qué?», decía. «¿Para qué?», se preguntaba, con desesperación o con tristeza o con odio (ya nada revelan del otro las letras impersonales de la computadora).

Leí el mensaje varias veces. Parecía tirar de las riendas, frenar todo el tiempo aquel caballo nervioso que era su furia contenida desde hacía doce años. Comprendí que no tenía con quien hablar o quizás se confesara conmigo porque era una total desconocida y uno aprende en las películas que esas cosas son posibles. «Tanta negatividad», decía, «tanta falta de agradecimiento». ¿Qué le había dado Marita a ella? Nunca había aprendido a vivir; era egoísta, como si el mundo le debiera algo. ¿Y qué le daba Marita al mundo? Por suerte otro sobrino se había ofrecido a recibirla en San Juan; acababa de

divorciarse y vivía solo en una casa demasiado grande para él. Antes de irse, Marita le había pedido que me escribiera (ella no sabía usar la computadora) y que me comunicara su nueva dirección. «Usted fue su única amiga en Buenos Aires», terminaba la carta, «Yo he cumplido».

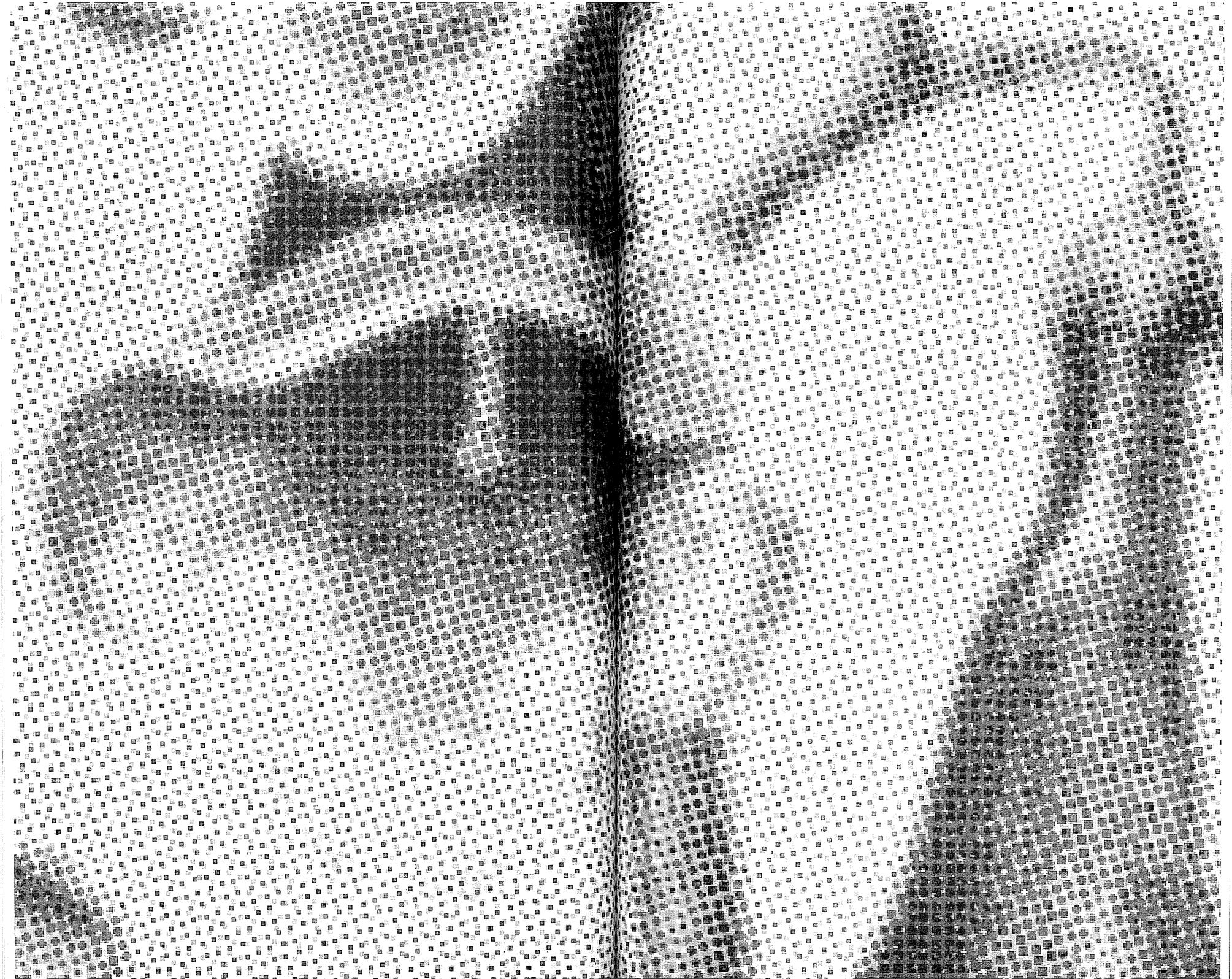
Al principio pensé en responderle, aunque más no fuera para agradecer el gesto. Pero los días pasaron y el mensaje quedó sepultado debajo de otros más urgentes. Supongo que no lo hice por pereza, o por esa sensación que tengo a veces de lo poco que vale la pena casi cualquier movimiento. Un día, en el subte de regreso a Brooklyn, me sorprendí pensando en la sobrina con verdadera rabia. A mí sí, pensé, a mí sí me dio mucho Marita. Pero no iba a decírselo a ella, no iba a aliviar la compasión que sentía por sí misma.

A veces imagino a Marita arrastrando su pierna ortopédica hasta el buzón (si es que hay buzones en Puerto Rico como yo los imagino, de latón y a la entrada de las casas); la veo abrirlo, mirar dentro de la caja vacía con los mismos ojos feroces con que miraba a lo lejos desde mi ventana, y volver a cerrarlo. O la veo buscar mi nombre entre las cartas que no son más que propaganda de bancos y tarjetas de crédito, diciendo con una sonrisa débil: «Cabrona...». Más de una vez empecé a redactarle cartas mentales, pero enseguida me ganó el cansancio. La verdad es que no sabría qué decirle; no sabría de qué hablar con Marita si no estamos mirando techos en el silencio de la luz menguante. Va a volver, pienso, como en un exorcismo, y recuerdo la noche en que nos despedimos en mi departamento vacío.

No quedaba nada más que la escoba y un balde con trapos y productos de limpieza. La luz del techo estaba prendida, sin

pantalla, la bombita otra vez colgando del cable torcido. Había bajado la persiana porque anunciaban lluvia y no quería que el vidrio se ensuciara antes de entregarle las llaves al dueño. Lo recuerdo porque pensé que era la primera vez que nos veíamos bajo la luz artificial y sin aquel paisaje que nos libraba del peso de las palabras. Nos dimos un abrazo corto, y, al separarnos, por el simple impulso de la mano, le toqué la pierna falsa. Fue apenas un roce, pero ella lo sintió, nunca sabré cómo. La vi enrojecerse y creo que yo hice lo mismo porque sentí un golpe de sangre en las mejillas. «Cabrona», dijo. Un comienzo de sonrisa se intuía ya en la boca blanda. «Vas a tener suerte, cabrona».







EN NOMBRE PROPIO

DE MUJERES INVENCIBLES Y OTRAS NOTAS PERSONALES

La bebé duerme. Mientras escribo esto, en alguna parte del globo, la bebé levanta una mano arrugada, se la lleva a la cara y vuelve a bajarla. Nadie sabe con qué sueñan los recién nacidos, qué parte del mundo están procesando en ese día infinito, circular, que no se rige ni siquiera por los ritmos del sol y la luna, sino por el hambre y el sueño. La bebé nació hace cinco días. Dice el certificado de nacimiento que es una niña, y dicen los lazos de sangre que soy su tía.

Poco más de veinticuatro horas luego de nacer, la tengo en brazos, apretada como uno de esos pañuelos donde los buscadores de oro guardan sus pepitas. Es tan liviana que debo mirarla constantemente para no olvidar que la tengo encima. Se ve tan vulnerable y expuesta como un molusco sin concha. Intento apartar de mi mente lo que ya sé: que ese certificado de nacimiento es también la constatación de que su vida será más difícil, que deberá abrirse camino a golpe de machete. Más aún: que durante mucho tiempo ni siquiera será consciente de esa desventaja, que deberá descubrirla sola, quién sabe cuándo y quién sabe en qué circunstancias. Pero yo soy la tía, la única tía paterna, y desde el primer

momento en que la veo, e incluso antes de haberla visto, solo de haberla deseado, siento la necesidad física de protegerla. Pienso, de manera irracional: no va a sufrir lo que sufrí yo. Y como un bólido pasan frente a mis ojos todas las veces que busqué protección en el lugar equivocado.

Ahora la bebé duerme, y su madre intenta hacer lo mismo. No ha podido recuperarse todavía de las veintitrés horas de trabajo de parto. Casi no ha dormido y le duele el cuerpo. Su cuerpo hinchado, su cuerpo herido, desgarrado, abierto, sangrante: su cuerpo húmedo. La he visto llorar de dolor y la he visto llorar de otra cosa imprecisa que podríamos llamar la vida, o tal vez la certeza de una pérdida que no va a hacer más que crecer y acelerarse. Mi hermano me dice que cualquier palabra se queda corta a la hora de describir el parto. Dice: «No podés imaginar lo que es». Y no, no puedo, porque a mis cuarenta y cuatro años nunca he vivido ni viviré una experiencia similar. Pero él es un hombre de pocas palabras, y no se esfuerza en describirlo. Me deja así, en ese no saber, en ese no poder siquiera imaginar, en esa ausencia que me separa de la mayoría de las mujeres del mundo. Solo hace una cara de ojos muy abiertos y boca muy fruncida. Dice: «Es una cagada ser mujer».

Todo indica que mi sobrina ha nacido con una desventaja. Si fuera una carrera, tal vez esa desventaja podría medirse en metros: diez, veinte o cien metros más atrás que otros corredores. En el ámbito del deporte, el sistema para asignar ventajas por medio de compensaciones entre los competidores se llama hándicap, pero en el idioma que será la lengua materna de ella, *handicapped* también significa discapacitado. ¿En qué consistiría esa discapacidad? El diccionario la define como

«la falta o limitación de alguna facultad que imposibilita o dificulta el desarrollo normal de la actividad de una persona». Cabría preguntarse, entonces, qué significa «normal», porque lo normal, al igual que lo neutro, siempre se ha medido en masculino. Si el desarrollo de un niño varón es el patrón con el cual medimos lo «normal», entonces las niñas siempre tuvimos una discapacidad, una limitación que imposibilita o dificulta nuestro desarrollo: menos oportunidades, menos libertad, y crecer con un horizonte más limitado de lo que se sueña posible.

Yo nunca he querido tener hijos. Nunca he sentido eso que llaman «instinto materno», y que a lo largo de los años he interpretado como el deseo, a veces el deseo *doloroso*, de ser madre. Sin embargo, cuarenta y ocho horas después del nacimiento de mi sobrina, ya soy una experta cambiadora de pañales, manipulo el cuerpo diminuto, rojo y tibio, con una sola mano, mientras con la otra hago el nudo en el rebozo o sostengo el chupete. Nunca había tocado un bebé antes, y me sorprende la facilidad con que la hago dormir, con que levanto su cabeza floja y la ayudo a hacer provecho. Una especie de aplomo o asertividad. Titubeo antes de decir que me sale «natural»; en cambio opto por una expresión más inofensiva, y digo que «tengo un don».

Ahora la bebé duerme en su cuna, en la penumbra del cuarto por el que se filtran rayos de un sol brillante. Su madre se esmeró en comprarle ropa que no sea rosada, en decorar el cuarto con colores «neutros», con elefantes en lugar de corazones, con hipocampos en lugar de princesas. Deliberadamente hemos elegido objetos azules, porque el cielo y el mar también son de las niñas. Allá donde se viaja, allá donde se va alto y

profundo, lejos y ancho, con peligros y aventuras. Pero este simulacro solo funciona dentro de la casa. No bien ponemos un pie afuera es como sentir la presión del mundo exterior, la mano invisible que moldea el barro aún mojado girando rápido en el torno con el que se harán incontables vasijas idénticas.

«¿Qué es?», preguntan en la calle.

La respuesta: «Una niña».

En menos de una semana, es poco lo que sabemos de ella: sabemos que tiene un temperamento tranquilo, y sabemos que le han puesto un nombre, que en estos primeros días parece ser la única palabra que se pronuncia, la única palabra que tiene algún sentido. Nadie se ha detenido a pensar qué significa. ¿Qué cosa denotan esas dos sílabas? ¿Un cuerpo? ¿Un amor? Un recién nacido tiene apenas doscientos mililitros de sangre en el cuerpo. En eso pienso: cabría en una bolsita Ziploc. Es un dato, y datos es casi lo único que tenemos de ella. Porque no la conocemos, aunque la expongamos a diario a los ojos de varios celulares, aunque grabemos su llanto y sus suspiros. Físicamente es igualita a la madre, pero daría lo mismo decir que es igualita a su abuelo materno. La cara de un bebé no tiene género, por eso la insistente pregunta: «¿Qué es?». Sabemos de dónde viene, pero no sabemos en qué va a devenir, ni en qué medida ese devenir tendrá algo que ver con su elección.

«Mia», susurro, «Mia».

Así se llama: *Mia*, para complicar las cosas. Porque su cuerpo será un territorio en disputa, y siendo que solo se pertenece a sí misma, ya es, por definición, de cualquiera que la nombre.

*

«Miro esta cuchara y no sé si ese pensamiento es mío o de él», dice la protagonista de *La ciudad invencible*. La narradora intenta sobrevivir a una relación de pareja con un hombre violento. La relación ya está terminada, pero la narradora descubre que el lazo que la une a su maltratador no es tan fácil de cortar, que ese lazo está tejido con las resistentes fibras del miedo. Le llevará aún más tiempo entender que ha internalizado la violencia, y que ya ni siquiera necesita que él ejecute el castigo: ella misma puede hacerlo. Se repetirá los mismos descalificativos (esas ideas aprendidas sobre lo que ella es), estará segura de no merecer nada, probará otras maneras de la autodestrucción, y otras maneras de seguir marcando su cuerpo. Es que él sigue ahí, aunque exista una «orden de restricción perimetral» que le impide allegarse a menos de diez cuadras a la redonda de la casa de ella. Si siempre quiso ocuparla, ahora él vive *adentro* de ella, de su propia cabeza, de sus propias manos, y ella comienza a intuir que el proceso de desalojo será arduo, tal vez imposible. Cuando la narradora dice: «Miro esta cuchara y no sé si ese pensamiento es mío o de él», está afirmando que su *yo* ha desaparecido. No sabe quién es. Este hombre colonizó su pensamiento, no solo el cuerpo violentado, y la despojó de su identidad.

La protagonista de esa novela soy yo. Claro que nunca dije nada sobre una cuchara. Pero podría haberlo dicho. Y aunque al momento de publicar *La ciudad invencible* sentí tanto pudor que la llamé «novela de autoficción», con los años pude asumir esa parte de mi pasado y me he sentido lo suficientemente cómoda como para no rechinar los dientes cuando alguien la llama «ensayo» o incluso «diario».

En agosto de 2012 acababa de llegar a Nueva York para empezar una maestría en la Universidad de Nueva York. Sabiendo que había vivido dos años en Buenos Aires, la escritora Lina Meruane me invitó a publicar una crónica sobre la ciudad en *Destinos Cruzados*, la colección que ella dirigía en su editorial Brutus Editoras. Fue una invitación inofensiva, que me llevaría a enfrentar aquello de lo que más temía hablar, y que luego se revelaría como el texto que más necesitaba escribir.

Por supuesto, al principio estaba decidida a escribir sobre la ciudad y nada más que sobre la ciudad, como si una ciudad fuera algo objetivo, separado de la experiencia sensible de habitar en ella. Luego iba a entender que el mapa de mi Buenos Aires llevaba las huellas de la violencia, del mismo modo en que mi cuerpo había llevado las huellas de unos dedos, y que era imposible narrar la ciudad evitando ese gran elefante blanco que hacía equilibrio sobre una rueda en el centro de la Capital Federal. Porque mi Buenos Aires estaba hecha de lugares imposibles para una turista: fiscalías, pasillos mugrientos bajo luces fluorescentes (y no sé si realmente estaban sucios, esos pasillos, o si era yo, mi propia sensación de suciedad, la que se traspasaba a las cosas), burócratas con la camisa abierta, despachos de sillas rotas y plantas artificiales, oficinas donde me hicieron pruebas psicológicas, profesionales empáticos que supieron explicarme, por primera vez, que yo no estaba «imaginando» cosas. La plaza Lavalle, que para los turistas con su cámara de fotos al cuello era sinónimo del impresionante Teatro Colón, para mí significaba la Oficina de Violencia Doméstica, una fachada de vidrio opaco y rejas negras, encajada con disimulo entre otros edificios. Todo eso había ido formando un paisaje, tanto exterior como interior;

había configurado un mapa de la ciudad. Un mapa siempre entendido como una cartografía de la historia personal, porque lo que hace a los lugares es la memoria asociada a ellos. Un lugar sin memoria es simplemente un lugar, y como entendí durante el proceso de escritura, vivir es ir dibujando mapas que algún día se borrarán con nosotros.

Así que me había propuesto escribir sobre una de las ciudades más literarias del mundo, una ciudad que era casi un cliché, donde cada frase podía significar una zambullida en las tentadoras aguas del lugar común, y había descubierto que sobre esa Buenos Aires no tenía nada que decir, simplemente porque, para mí, esa Buenos Aires nunca había existido. La mía estaba hecha de unos ladrillos feos y para nada literarios. Al igual que otros temas «de mujeres», como la maternidad, el maltrato dentro de la pareja tenía pocos referentes en nuestra región en 2012. Curioso, si pensamos que una de cada tres mujeres en el mundo ha experimentado alguna vez violencia física o sexual, y que esta cifra asciende al setenta por ciento, según la ONU Mujeres, si se incluye el acoso. Las escritoras no podíamos estar por fuera de esta estadística, y sin embargo los textos narrativos sobre el tema escaseaban, mucho más si eran crónicas o relatos autobiográficos.

A eso se le sumaba una segunda dificultad: cómo escribir mi historia sin caer en el exhibicionismo o en un tipo de morbo específico que rayara con la cholulería. Porque los dos éramos escritores: él, uno reconocido; yo, una casi desconocida. Durante la relación, parte del maltrato había atacado justo el centro de mi autoestima: erigido en representante de la Literatura con mayúscula, él (llamémosle R) sabía exactamente dónde radicaba mi mayor debilidad, y estaba decidido a martillar el

clavo caliente en esa herida. Yo debía callarme porque cualquier intento de hablar de eso, mucho menos de escribirlo, sería inmediatamente interpretado como una manera de aprovecharme de su nombre.

¿Cómo apropiarme de mi historia?, ¿cómo nombrarla, y, en ese mismo acto, nombrarme a mí misma, sin sentir que me apoyaba en el escándalo?

«Hablar y escribir (...) son verbos que nos ha costado mucho apropiarse y ejercer en el ámbito público», dice Magela Boudoin en su ensayo «Huevos de serpiente».¹ Tenía que hablar, pero no tanto por la necesidad de narrar la historia en sí, que ya había contado infinitas veces en la fiscalía, a los abogados y a los amigos íntimos, sino por la necesidad de entenderla. Al menos de intentarlo. Entender quién era yo y en qué me había convertido: ¿cómo había sido posible que todo aquello pasara? Esa es la pregunta que Deleuze y Guattari exploran en el ensayo «Tres novelas cortas o qué ha pasado».² Mientras que el cuento responde a la pregunta «¿qué va a pasar?», la novela corta parte de un punto distinto: «algo ha pasado, pero ¿qué exactamente?». Y aunque nunca se sabrá, el intento de entender es lo que lleva adelante la escritura. En el corazón de la novela corta siempre hay un secreto que permanece inaccesible: ¿qué ha podido pasar para que estemos en este punto (un punto que es un presente todavía afectado —*infectado*—

.....
1. «Huevos de serpiente. Reflexiones sobre feminismo en cinco movimientos», incluido en la antología *La desobediencia*. Dum Dum editora, 2019.

2. Incluido en *Mil mesetas*.

por el pasado reciente)? ¿Qué ha podido pasar para que llegáramos a esta situación?

*

→ En *Enero*, de Sara Gallardo, escrita en 1958, la autora narra el calvario de Nefer, una adolescente hija de peones de estancia en el campo argentino. Como resultado de una violación, que se cuenta en pocas frases, Nefer queda embarazada. No desea el embarazo, y la posibilidad del aborto se convierte en su única salida: «Ya nada le interesa más que esto que llena sus días y sus noches como un hongo negro y creciente». Nefer se dedica a pensar soluciones desesperadas: tal vez si cabalga mucho, tal vez si reza con devoción... Visita a una vieja abortera, conocida por «arreglar» estos asuntos, pero no se anima a contárselo. Carga su hongo negro, que es una culpa muy grande, como un secreto imposible de confesar. En *Enero* lo que más duele es el desamparo. Nadie ayuda a Nefer: ni la ley, ni la medicina, ni Dios, ni su propia familia, y la solución a la que habrán de llegar no tiene en cuenta su deseo ni su voluntad.

En *La casa del ángel*, de Beatriz Guido, escrita un par de años antes, una niña burguesa hasta entonces despreocupada y feliz es violada dentro de su propia casa por un político amigo de la familia, y este acto de violencia funciona como rito de paso hacia la adultez. Mediante la violación, la niña es «puesta en su lugar», y descubre a la fuerza lo que significa ser mujer.

En el cuento de Silvina Ocampo «Pecado mortal», Chango, un hombre de confianza de la familia, viola a la niña mientras

los demás están en un funeral, justo un poco antes de que ella tome su primera comunión. Ella no se anima a confesarlo y comulga «en estado de pecado mortal». El nombre de la niña no lo conocemos durante el relato, porque todos la llaman «la Muñeca», acentuando así su condición de objeto. La niña no tiene la capacidad ni la voluntad para defenderse, y se deja hacer, como se dejan hacer los juguetes. Por eso, un momento antes de tenderse en el piso, ella también arranca con un peine el pelo de la muñeca con la que estaba jugando. Dos muñecas: una de carne, otra de plástico. Lo horrible paraliza, y aunque la puerta esté abierta y la familia unos pisos más abajo, «eso no facilitaría tu huida; además no tenías la menor intención de huir. Un ratón o una rana no huyen de la serpiente que los quiere, no huyen de animales más grandes».

En 2007, Selva Almada publica el libro de cuentos *Una chica de provincia*, relatos de corte autobiográfico. «La chica muerta», un relato breve que funciona como un aguafuerte, cuenta el femicidio de Andrea Danne, una estudiante de San José, pueblo de la provincia de Entre Ríos de donde la autora también es oriunda. En 1986, a Andrea la asesinan en su propia cama, en la casa donde vivía con sus padres y hermanos, de una puñalada en el corazón. Luego acomodan el cuerpo para que parezca dormida. Todo esto se cuenta a través de los ojos de otra chica de trece años, la propia Selva Almada, aunque también a través del velo de la memoria y de los rumores del pueblo. El crimen permanece impune hasta hoy, y este primer contacto con la violencia deja una marca en la autora, que luego hará una extensa investigación en torno a tres femicidios en su libro de no ficción *Chicas muertas* (2014), uno de ellos, el de Andrea Danne.

En 2012, unos meses antes de que yo me fuera de Buenos Aires, había circulado entre amigos la novela gráfica *Beya (Le viste la cara a Dios)*, de Gabriela Cabezón Cámara, publicada por una pequeña editorial, y posteriormente reeditada en 2013 con mayor circulación. *Beya* propone una reescritura del cuento infantil de la bella durmiente, reelaborado como una historia de trata de mujeres, en la que la antiprincesa Beya es secuestrada por una red de prostitución. El cashio quiebra la humanidad de esta mujer a base de violaciones, golpes y drogas, y la obliga a prostituirse. Ella descubre rápido que la única estrategia de supervivencia es la mansedumbre, y que el único alivio es narcotizarse. La historia, pensada originalmente como un cómic, tiene un final de cuento de hadas, si no feliz, sí de revancha imposible: Beya logra escapar, armada con una metralleta, y se venga de sus abusadores.

Estas violencias, sin embargo, aparecían representadas sobre cuerpos indefensos: niñas, adolescentes, jovencitas, mujeres pobres del mundo rural. En poco o nada se parecían a mi historia de treintañera fracasada, una historia secreta y mucho menos espeluznante, una historia sin épica, en la que me había sentido impotente y hasta cobarde. Porque a diferencia de esos personajes, yo había podido elegir, ¿o no? Yo era, cuanto menos, coautora de mi desgracia, y, al igual que muchas mujeres que han atravesado experiencias similares, sentía que lo ocurrido era vergonzoso. El maltrato dentro de la pareja ocurría en estratos humildes, en las villas, en mujeres sin educación que no tenían suficientes herramientas para *darse cuenta* de que una situación así era inaceptable, o que, atezadas por la pobreza y la falta de recursos, no tenían a donde ir: no podía pasarme a mí.

Oscilaba entre la negación y la incredulidad, aunque la propia historia de la literatura uruguaya tuviera antecedentes.

En 1914, a Delmira Agustini la asesina su exmarido, Enrique Job Reyes, de dos tiros en la cabeza. Delmira tenía veintisiete años, y se trató del primer femicidio del país. El matrimonio había durado cincuenta y dos días, y Delmira también había sido la primera mujer de Uruguay en solicitar el divorcio «por sola voluntad de la mujer», una causal incorporada hacía menos de un año a la ley original de 1907. Al otro día del asesinato, la prensa uruguaya y de Buenos Aires lo tildó de «crimen pasional», y supo comprender al pobre hombre enloquecido. Estos fueron algunos de los titulares:³

La tragedia de ayer. Horrible desenlace de un idilio. Amor y muerte. La poetisa Delmira Agustini, víctima de su esposo. Suicidio de este. Detalles novelescos del drama. (*El Día*).

El amor que mata. La poetisa Delmira Agustini ha muerto trágicamente. Ayer, su esposo, Enrique J. Reyes, la ultimó a balazos y luego se suicidó descerrajándose un tiro en la cabeza. DETALLES COMPLETOS DEL SANGRIENTO EPISODIO. (*La Tribuna Popular*).

Solo *La mosca*, un semanario satírico uruguayo, publicó algo condenatorio:

.....
3. Citados por Arturo Sergio Visca en *Correspondencia íntima de Delmira Agustini*. Montevideo, Biblioteca Nacional, 1969.

Protestamos contra los hombres autoritarios que se erigen en amos de la mujer y quieren hacerse amar a tiros de revólver.

Un siglo más tarde, la revictimización seguía a la orden del día. Basta con decir que las violaciones tanto de *La casa del Ángel*, de Beatriz Guido, como del cuento de Silvina Ocampo, «El pecado mortal», fueron publicadas dentro de antologías sobre literatura erótica en la década de los noventa,⁴ y a toda costa se evitó la palabra «violación». En cambio, se presentaron como «la iniciación sexual de una niña».

Escribir sobre mi experiencia era exponerme al escrutinio, al juicio, e incluso al escarnio. «Ella se lo buscó». «Algo habrá hecho». «¿Por qué no se fue?». «Una loca». «Una adicta». «Ella también». «¿Por qué lo perdonó?». «Andá a saber cómo fue».

Yo misma me juzgaba.

La culpa no tenía nada de excepcional, pero a raíz del tabú que existía (hace diez años mucho más que ahora) en torno al maltrato y a la violencia contra las mujeres, yo no podía saberlo. En *Mirarse de frente*, Vivian Gornick escribe: «La vergüenza te aísla. El aislamiento era humillante. La humillación no soporta pensar en ella. Empezamos a concentrarnos en no pensar». El silencio es aliado del abusador, y si el sistema funciona tan bien, engranaje por engranaje, es porque corta los vasos comunicantes entre las mujeres, bloquea

.....
4. *El placer de la palabra: literatura erótica femenina de América Latina* (Planeta, 1991), y *Antología del erotismo en la literatura argentina* (Fraterna, 1990), respectivamente.

el acceso a las historias de las otras, y nos deja solas. Como las princesas de Disney, que nunca tienen amigas. Si las tuvieran, tal vez alguna princesa podría advertirle a la otra que ese «Y fueron felices y comieron perdices» no es el final de la historia. No en vano, contar historias ha sido, ancestralmente, la manera de transmitir información y conocimientos de generación en generación.

Yo nunca había hablado de estos temas con nadie, y no conocía a ninguna mujer que dijera haber vivido lo mismo que yo. Nefer, la protagonista de la novela de Sara Gallardo, tampoco. La noche de la violación, Nefer va al casamiento de su hermana con la ilusión de encontrarse con el Negro, el hombre del que está enamorada. El Negro ni la mira, aunque ella lleva un vestido nuevo, y Nefer lo culpa de la violación. Incluso llega a sentir que el hijo que espera es de él, del Negro, porque asume el castigo recibido (ese hongo) como consecuencia de su deseo: la culpa es del Negro por haberla convertido a ella, Nefer, en un ser deseante. La culpa es del deseo.

Esa incapacidad para sentirse víctima del abusador yo la conocía bien. En mi caso, tenía que ver con la maraña de emociones contradictorias. Me había ido y vuelto tantas veces de la casa de R, que ya no le contaba a nadie cada vez que volvía a verlo. Se convirtió en mi secreto más humillante. No podía entender lo que me pasaba, y ese actuar errático me hundía en una perpetua desmoralización. *No era dueña de mí misma.* «¿Será que me gusta?», pensaba a veces. Cualquier respuesta habría sido más comprensible que ese vértigo que se asemejaba a la locura: el estar convencida de que la misma persona que te maltrata es la única capaz de protegerte.

Si te quedás no es por miedo a él, sino por miedo a lo que está *afuera*. Primero te convertís en una niña, después te convertís en un animal. Buscás la mano que te dice «yo soy el único que te puede querer», y te obligás a sentir agradecimiento.

Durante meses me taladró la idea irracional de que, en algún momento, de alguna manera, yo iba a lograr «manejarlo». Se trataba de aprender qué cosas lo harían saltar por el aire, evitar ciertos temas, evitarlos en tales o cuales circunstancias, y cambiarme a mí. Ser *mejor*. Más adelante tendría la certeza de estar atrapada, como una mosca en papel pegajoso: quería irme, pero ya no encontraba la determinación para hacerlo. Me asaltaban las dudas: ¿a dónde ir?, ¿cómo vivir? Infantilizada hasta la anulación, no me sentía capaz ni de alzar la voz para pedirle un queso PortSalú al almacenero de la esquina. Me había convertido en un territorio anexado (y ahora pienso otra vez en Delmira, reconocida poeta, a quien llamaban públicamente «la Nena»).

En *El año del pensamiento mágico*, Joan Didion explica cómo una situación traumática puede sumirte en un estado temporal de locura. Yo había visto la locura en mi cara una vez que me paré frente al espejo analizándome los moretones, los ojos desorbitados, la cara hinchada de tanto llorar, y me dije en voz alta que iba a salir de ahí. Solo que no sabía cómo, y tampoco sabía cuándo.

*

¿Cómo representar la violencia contra las mujeres? ¿Quién debe y quién puede hacerlo? Yo solo conocía un antecedente de una narración autorreferencial, aunque escrita por un hombre, un testigo cercano, el propio hijo de la víctima. Se trata de *El desierto y su semilla*, de Jorge Barón Biza. El libro abre con la escena inmediatamente posterior al momento en que su padre, el escritor Raúl Barón Biza, arroja ácido a la cara de su esposa, Clotilde Sabattini, durante la reunión que se realizaba en casa de él para ultimar los trámites de la separación legal.

Antes del ataque, en 1963, ellos habían tenido muchas separaciones y reconciliaciones, lo que en otro momento me habría parecido completamente inexplicable, y ahora, completamente natural. Esas reconciliaciones o nuevos intentos pueden entenderse como «recaídas», una conducta común en cualquier adicción, que consiste en un retroceso a los patrones de comportamiento y pensamiento típicos de la adicción activa que se creían superados. El adicto actúa por compulsión, y su pensamiento se sale de la realidad: lo que rige es el convencimiento mágico de que, contra todo pronóstico y contra toda evidencia, *esta vez va a ser distinto*.

Después de arrojar ácido en la cara, pecho y manos de Clotilde, Raúl se suicida. Para él termina ahí el calvario, para ella recién empieza. Por el resto de su vida, Clotilde sufre los dolores más atroces y se somete a incontables operaciones en Argentina y en Italia, que se cuentan con lujo de detalle en *El desierto y su semilla*. Finalmente, en 1978, Clotilde se suicida arrojándose por la ventana.

En la novela (donde sus padres aparecen representados como Eligia y Arón), Jorge Barón Biza describe de manera pictórica la transformación de la cara de su madre carcomida

por el ácido, o más bien, cómo lo que era la cara de su madre se va convirtiendo en otra cosa: se desfigura y colapsa, como el movimiento de placas tectónicas, como los retratos de Francis Bacon; el horror licuado, en tonalidades de amarillo, rojo y púrpura. Y una y otra vez el autor se estampa contra la imposibilidad de narrar lo inenarrable, lo obscuro: el hecho inefable de que aquello que debería estar *adentro* del cuerpo se encuentre expuesto: los huesos, los músculos, la carne, una calavera viva.

Por debajo de los rasgos originarios se generaba una nueva sustancia: no una cara sin sexo, como hubiera querido Arón, sino una nueva realidad, apartada del mandato de parecer una cara.

Mediante el acto de arrojar ácido, no solo se ataca la vanidad (una mujer para siempre incapaz de ser deseada por otro) y la identidad (esa cara conocida y nombrable), sino que directamente se procede a borrarla. Se borran los rasgos, que dejan de ser identificables no solo para los demás, sino también para sí misma. Según el autor, la intención de su padre había sido dejarla ciega, «y con la imagen de él grabada como última impresión». Mientras está en el hospital, a la mujer le atan las manos para que no se toque la cara. Para que no se lastime, pero también para que no pueda hacerse una imagen táctil de su rostro. Se le niegan los espejos y se le niegan las descripciones. Ella ya no puede imaginarse a sí misma en tiempo presente. Dice el narrador:

Sin poder verse, sin poder tocarse, solo podía pensar en su cuerpo como terreno de reparaciones, es decir, como algo que no existe, sino que está preparándose para existir.

Aunque de otro modo, a mí también me interesaba narrar un terreno en reparación. No el maltrato en sí, los hechos más o menos previsibles y repetidos, sino el hueco que quedaba después, como quien recorta la figura de una muñeca para hacer guirnalda de papel. Esta fue una de las primeras preguntas estéticas que debí responderme. Sabía que, por más que narrara los hechos con el mayor detalle, no lograría acercarme ni un centímetro más a lo que realmente quería comunicar, eso que Mario Bellatin llamó «el alma de los hechos». Porque decir no alcanza, y ante esa constatación, ante ese muro expresivo nace la necesidad de construir el aparato literario, el artificio. Jorge Barón Biza se había lanzado a describir de la manera más cruda posible la transformación de la carne, solo para descubrir que allí no habitaba el misterio.

¿Dónde habitaba?

Cuando su madre se suicida, en 1978, después de doce años de someterse a las más inverosímiles operaciones de reconstrucción facial, Jorge vuelve al apartamento que fue de su padre, desde cuya ventana Clotilde había saltado, y descubre que su madre jamás se había deshecho de las pertenencias de su agresor. No se refiere a los muebles, a los libros o incluso a un manuscrito inédito de Raúl, sino a los objetos más personales. Allí, en el cuarto donde Clotilde vivió los últimos años de su vida, estaban los objetos de tocador de su exmarido, estaba la hoja de afeitar, aún con pelos de barba del hombre que le había arrojado el ácido; en los placares, junto a los vestidos de

ella, colgaban los trajes y las chaquetas que habían sido de él. *Ese* era el misterio. Una escena diez veces más inquietante que la escena que abre el libro. «¿Por qué?», se pregunta el hijo, y nunca lo sabrá. Por eso leemos, no para encontrar las respuestas sino para asomarnos al abismo.

Yo quería que *La ciudad invencible* fuera, también, la declaración de una poética. En *La azotea*, la relación de incesto entre padre e hija se insinúa, pero no se describe; se esboza, pero no se aclara; y es en ese acto de calibrar lo no dicho donde se juega todo el trabajo literario. Como quien camina sobre una cuerda floja: así fue la escritura de esa novela, y ahora otra vez me encontraba haciendo equilibrio sobre el mismo alambre. Escribir no es solo lo que se dice, sino, muy especialmente, lo que se elige no decir. Y no decirlo no significa que se encuentre por fuera del texto. Está en el texto, solo que en esos huecos, solo que en ese blanco que se dibuja entre una línea y la siguiente. Un autor escribe en los espacios en blanco, tanto como el lector lee en ellos, y de esa conversación secreta nace la fuerza expresiva del texto.

El terreno en reparación que me planteaba narrar implicaba una doble construcción: la de una identidad y la de una ciudad, ambas íntimamente ligadas. Cuando se sale de una relación violenta, la sensación general es de alivio, sí: lo peor ha pasado, dicen todos, lo terrible terminó: ahora, a seguir viviendo. Es borrón y cuenta nueva, otro cuento de hadas. La verdad es mucho más compleja. Cuando el vínculo se termina, recién ahí comienza la delicada tarea de reconstrucción, de reaprender quién soy, quién fui y quién podré ser con estas cicatrices. De la negación completa de tu humanidad, a la que te fuiste acostumbrando, a un lento aprendizaje del autocuidado,

y mucho más lejos, la posibilidad en apariencia inalcanzable de hacer de esos cimientos de dolor la base de tu fortaleza. Se trata de convivir con el pasado, no de dejarlo atrás. Se trata de transformar los escombros en ruinas, en el sentido de que la ruina tiene valor de monumento, de *memorial*.

Pero ¿cuándo se termina realmente el vínculo? Porque ese lazo invisible no se corta con la separación; no solo por las comunes recaídas, sino porque el maltratador se encarga de mantenerlo vivo. Durante meses, yo también participé de ese círculo enfermo del apego: a veces por miedo, a veces obsesionada con la idea de «hacerlo entrar en razón», de que él viera y aceptara su parte, es decir, de que él *validara* una narrativa de los hechos. Como una cantinela, el terapeuta al que me habían derivado en la Oficina de Violencia Doméstica, no se cansaba de repetir: «Él no es un interlocutor válido». Para R, lo importante era el contacto, así fuera mediante insultos, amenazas, e incluso mediante la provocación pública, escribiendo diatribas furiosas en Facebook o en un blog donde, desde el título, se hablaba de construir una ficción. Ni la mentira ni la verdad tenían ninguna importancia aquí, porque esos textos no iban dirigidos a sus lectores, sino a mí. Pretendían generar tanta indignación que por fin cediera y le contestara algo: cualquier cosa —gritos, insultos o súplicas—, reavivando así el lazo que nos unía, una cuerda que debía mantenerse tirante para asegurar el control. Porque lo que más le duele al maltratador es el silencio de ultratumba, lo que más teme es desvanecerse en la vida de la mujer que es suya.

*

Antes dije que, al momento de publicar *La ciudad invencible*, sentí tanto pudor que solo me atreví a publicarla catalogándola de novela. Pero la palabra no es «pudor». Lo que sentí fue miedo. Vivía en otro país, protegida por una frontera, y el texto iba a publicarse primero en Nueva York, después en España. Sin embargo, la sola idea de que él pudiera leerlo y volviera a aparecer en mi vida me llenaba de terror. Ese miedo no había encontrado manera de drenarse. Dos años después permanecía estancado, como agua podrida, pero capaz de agitarse al menor pensamiento hasta salirse de cauce.

Esto es lo que pasó:

Cada vez que me preguntaban sobre *La ciudad invencible*, insistía en la palabra «novela».

Cada vez que en algún medio se hacía énfasis en la mezcla de ficción con «diario personal», yo sufría por dentro. Me sentía expuesta, sin piel, hecha carne viva ante los ojos de todos.

Lo único que me permitía más o menos respirar era la palabra «novela».

Intentaba no regalar *La ciudad invencible* ni hablar de ella con mis empleadores en la universidad. Temía que me consideraran un peligro o una mala influencia para los estudiantes.

Hasta hoy, me he negado a revelarle la identidad de R a cualquier persona que no conociera la historia de antes, a cualquier persona nueva en mi vida.

Hasta hoy, cuando pienso en R o tengo pesadillas con él, lo llamo «la Rata», como al personaje de *La ciudad invencible*.

Otro texto que protegí detrás del traje de la ficción fue el cuento autobiográfico «La medida de mi amor»,⁵ que en junio de 2011 leí en una mesa del Ministerio de Educación y Cultura sobre «Sexualidad y género». El título nació de un correo que me había enviado R en el que decía: «¿No ves que este odio es la medida de mi amor?». Malena, la narradora, sufre una recaída emocional, y viaja a una ciudad del norte de Argentina para volver a intentarlo con Iván. Es en ese viaje que toca fondo, después de una pelea que termina con ella en un hospital rural, donde le cosen una herida en la mano. El cuento arranca con un largo *flashback* en una ciudad del norte de Europa, bajo nieve, para luego centrarse en ese otro norte caluroso. Este es el clímax: humillada, pobre, sola, arrastrada por el piso, vendada, rota, Malena quiere terminar de perderlo todo, pero esta vez por voluntad propia, desprenderse de lo que le queda, limpiar la herida de toda su podredumbre, aunque eso signifique llegar al hueso.

En el cuento, el final marca una pequeña luz al final del túnel, una posibilidad de renacimiento a partir de la ceniza. En mi vida, aún faltaba mucho.

*

Quiero buscar el punto de no retorno. Yo, que tantas veces he hablado sobre eso con mis estudiantes, que lo he

.....
5. Incluido en *No soñarás flores*, Montacerdos, 2016.

pensado en mis propios textos: ¿cuál es el punto de no retorno? Ese punto después del cuál el personaje ya no podrá ser el mismo. Aunque quiera. Aunque lo intente. Ese punto en el que el personaje entiende algo, así sea una minúscula epifanía, que no le permitirá volver a pensar el mundo o pensarse a sí mismo igual que antes. Un quiebre, una transformación. Y resulta que ahora me encuentro buscando ese punto en mi pasado, y lo encuentro. Quiero reconstruirlo:

Empezó con una pelea como tantas, en las que discutíamos porque él salía con alguna barbaridad, alguna opinión categórica e insultante sobre mi vida. ¿Por qué tanto encarnizamiento? R no podía soportar que yo hubiera tenido una vida antes de él, una parte de mi historia en la que él no hubiese sido protagonista. Necesitaba invalidarme a mí y a cualquiera que hubiera tenido algo que ver conmigo, parejas, amigos, maestros, y de ese modo ir recortando mi círculo hasta que no quedara nadie más que él. Yo reaccionaba con virulencia. Alguien más podría haberlo dejado pasar, restarle importancia, pero en cambio yo reaccionaba con una terquedad inamovible. Todo mi ser se rebelaba contra eso que sentía como una invasión, un despliegue de tropas extranjeras. Peleaba sin posibilidad ninguna, atrincherada en una zanja. Estaba convencida de que, si no me defendía de algún modo, pronto dejaría de existir. Por momentos podía oír el crujido de mis huesos, y era como una niña de tres años peleando con una espada de plástico.

Para dar por terminada la discusión, salté sobre el primer bus que pasaba, sin previo aviso, y volví sola a la casa. Él tardó un poco más en llegar, y cuando oí la llave en la cerradura, me encerré en el baño para evitar otra confrontación. Entonces, como dicen en los cuentos: «Todo pasó muy rápido». En un

segundo, con un estruendo de bomba, la cerradura voló de una patada y la puerta impactó contra la pared. No alcancé a ver mucho, solo pegué un grito. Era un baño antiguo, de esos que tienen estantes de vidrio y canillas de bronce. De un solo manotazo, lo que estaba sobre el estante cayó al piso y se hizo añicos (incluido el estante). Todo era sonido sin imágenes. Vidrios, gritos e insultos: me vas a hacer eso *a mí, a mí*. Corrí y traté de encerrarme en el cuarto que funcionaba como mi estudio; aún me faltaba aprender que las cerraduras no protegen a nadie. Sobre el escritorio tampoco quedó nada: los objetos volaban; había vidrios y cosas rotas por todos lados. R me empujó, me zarandó de los brazos, me tiró sobre la cama, mientras yo me arrinconaba más y más contra la pared. Pensaba a mil kilómetros por hora. Pensaba que alguien iba a intervenir, que alguien bajaría a tocar la puerta. Pero nadie se metió, y luego entendería que nunca nadie iba a meterse, ni en Europa ni en Argentina ni en ninguna parte. Ahora R, que parecía estar haciendo un esfuerzo grande por contenerse de hacer algo peor, abrió mi ropero y se puso a arrancar la ropa, a partir perchas y a rasgar la tela que se iba amontonando en el piso. Él estaba descalzo, así que se cortó los pies con los vidrios, y, al volver hacia mí, caminó sobre mi ropa con los pies ensangrentados. Intenté defenderme con un zapato, una bota que le dio en la cabeza. Él recibió el golpe con gusto, con una mirada triunfal. Era un monstruo y era el mismo de siempre. Los ojos llenos de odio, de un odio muy viejo, que poco tenía que ver conmigo; los ojos enmarcados en una piel fina que se había vuelto morada. En ningún momento paró de insultarme, pero no solo a mí, sino a mi madre, a mi padre, a mis ex, en un murmullo constante que era como un discurso en lenguas.

Este podría ser el punto de no retorno.

Pero no. No fue ese.

¿Fue el momento en que le pegué con el zapato?

No. Luego ese zapato, que era una bota flácida, salió volando por la ventana.

Tampoco fue cuando me empujó sobre la cama que había en ese cuarto y mi cabeza golpeó la pared. Ni cuando lo tuve encima con sus dos manos apretándome el cuello. No recuerdo el tiempo infinito de ese segundo. Tal vez incluso en ese segundo haya alcanzado a pensar: no será capaz de matarme.

Luego vino una laguna. Sé que en algún momento él salió del cuarto y se hizo un silencio. La relación estaba terminada, él lo sabía, y ahora lloraba acurrucado, la casa hecha añicos a su alrededor. Había ido amaneciendo. R ya no era el huracán de la madrugada, sino apenas un niño en posición fetal rogándome que *no* lo perdonara. Y se veía tan atribulado, tan lleno de remordimiento. Decía haber hecho algo imperdonable, se flagelaba con gritos teatrales diciendo que había traicionado la memoria de su abuelo. Una y otra vez repetía «te toqué», y qué suave e inofensivo sonaba ese verbo. Casi místico. Como quien roza un sueño con las manos y lo pierde justo ahí. Te toqué. Te toqué. Muy lejos de cómo se sentía mi cuello gris, hinchado, con una bolsa de líquido entre las clavículas.

Yo pensaba: tengo que irme.

Pero no quería irme. Hacía menos de un mes que acababa de llegar a este otro país donde no entendía ni el idioma. Un once de septiembre, lo recuerdo bien, y pienso ahora que esa fecha no podía augurar sino un derrumbe. Tanto esfuerzo. Tanto cansancio. Todo el tiempo la sensación de irrealidad:

«Esto no puede estar pasando», pero en el fondo lo que quería decir era «esto no puede estar pasándome a mí».

Y aquí llegamos al punto de no retorno: el momento en que me acerqué al sofá, me acurruqué junto a R y lo abracé, como quien consuela a un niño. El momento en que entendí que no iba a irme.

*

A comienzos de 2018, en plena expansión del #MeToo, la periodista colombiana Claudia Morales generó polémica con su columna de *El Espectador*, que tituló «Una defensa del silencio». En ella revelaba que había sido violada por quien en aquel momento era su jefe, y a quien se refirió como «Él», con mayúscula, un pronombre personal que casi inevitablemente cualquier colombiano asocia con el expresidente Álvaro Uribe, un patriarca intocable cuyos nexos mafiosos, con el narcotráfico y el encubrimiento de asesinato de civiles están bien documentados. Claudia Morales describe la violación («Ella, que siempre tiene fuerza, la pierde, aprieta los dientes y le dice que va a gritar. Él le responde que sabe que no lo hará»), y defiende su derecho a elegir no nombrarlo. Entre el huracán de críticas que recibió, otra periodista, Paola Ochoa, dijo que Claudia tenía la «obligación moral» de decir quién era. Se dijo que su actitud constituía el peor retroceso del feminismo en Colombia. Se la tachó de inmoral, se la tachó de mentirosa, se la tachó de oportunista, se la tachó de hacer política de maneras poco éticas. Incluso se tildó de «irresponsable» al

medio de comunicación por haber publicado la columna. En una entrevista que le hicieron a raíz del escándalo, Claudia Morales dijo que el tratamiento que se dio a su columna, desde los medios y desde las redes sociales, no hizo más que «reafirmar su miedo».

¿Qué cambiaría para él, si ella lo nombraba? ¿Qué cambiaría para ella?

En Argentina, todo el mundo sabía quién era R, se lo mencionó muchas veces, él mismo se enfrascó en peleas en redes sociales con periodistas o escritores que me apoyaban públicamente, y sin embargo siguió gozando de reputación, sus seguidores no dejaron de crecer, sus eventos no dejaron de llenarse, y hasta participó como invitado en mesas sobre violencia. «Las mujeres son unas abusadoras protegidas por la ley», fue su último mensaje de 2011, en noviembre, cuando firmó la *probation* ante el Juzgado Penal, Contravencional y de Faltas No 9 de Buenos Aires.

Las decisiones íntimas sobre la manera en que cada mujer procesa y revela sus experiencias de abuso y violencia son eso: íntimas. Habrá quien confunda valentía con temeridad, y quien se sienta en posición de juzgar los mecanismos de supervivencia a los que cada mujer echa mano. Quien no lo entienda, tal vez no lo haya vivido. Pienso: si no quedara ni una gota de miedo en mí, no necesitaría escribir este texto. La diferencia parece pequeña (una inicial, un nombre), pero es la distancia inmensa que hay entre huir del miedo y confrontarlo.

Porque R es él y es muchos: es otros. Así como yo soy esta y soy todas: las que han hablado fuerte, las que se han atrevido a hacerlo a medias, desde el anonimato, y las que aún permanecen calladas. Hablar es, en estos casos, un proceso, y como

todo proceso no permanece inmutable: se va transformando con el tiempo, según el momento vital de cada una y según las circunstancias, internas y externas. No se dice lo que se quiere, sino lo que se puede.

*

Me fui acostumbrando a los moretones, al paisaje lunar en mis brazos y mis piernas; a veces llegaba a sentir una morbosa fascinación; los analizaba, observaba cómo iban cambiando hasta desaparecer, y al observarlos no sentía nada. Había logrado separarme de mi cuerpo; ya no lo creía mío, y por eso lo miraba como una turista mira un lugar antiguo: un templo derruido, dos o tres pilares, cuatro o cinco rocas cubiertas de líquen.

Aquella pelea había ocurrido al mes de vivir juntos, en la ciudad helada del Norte. A los diez meses su beca terminó y yo, que nunca había puesto un pie en Buenos Aires, lo seguí. Allí —pensábamos—, las cosas estarían mejor: habría amigos y una lengua común. Siempre la fantasía de que, en otro lugar, en aquel otro país, existía un horizonte de felicidad. El mecanismo de negación se basa en la idea falsa de que son *las circunstancias* las que provocan la violencia, algo que está afuera de él y que por lo tanto podría llegar a controlarse. Pero ocurrió todo lo contrario. Ahora estábamos en la ciudad de él, en el país de él, en la casa de él. Y más que nunca él podía romper y destrozar con el derecho a hacerlo. También era más fácil (y más barato) conseguir las drogas que se convirtieron en la única manera de atravesar los días, el medicamento

necesario para despertar, para respirar, para mover el cuerpo de una habitación a la otra sin que el agujero de gusano que era el alma te hiciera polvo en un segundo.

Durante los meses que viví con R en Buenos Aires casi no salía de la casa. Era una casa grande, de esas antiguas, con claraboya, patio, zaguán y una escalerita que subía de la cocina hacia la azotea. Incluso yo tenía mi cuarto propio, que él me había cedido. En la otra casa que compartimos en Europa, también. Me había dado el estudio, mientras que él acomodó su máquina de escribir en la sala. Tal vez R no pudiera entender por qué, aun teniendo mi cuarto propio, todas las comodidades, yo no podía hacer nada. En las dos ciudades lo escoltaba a sus eventos, saludaba con timidez, guardaba muy dentro de mí el secreto de que «yo también escribía», y en general nadie me dirigía la palabra, apenas me miraban. Quienes gravitaban en torno a R quedaban prendados siempre de su energía, su histrionismo, su humor ácido, esa pasión que él transmitía y que sus satélites sin duda querían absorber, o más bien solo desear, porque intuían que para ser así había que pagar un precio alto que ellos no estaban dispuestos a pagar. Él entretenía a todo el mundo como un juglar: cocinaba, tocaba la guitarra, cantaba y hablaba sobre libros y política, y en cada cosa dejaba el pellejo. A mí, esas noches de sociabilidad en las que él lo daba todo para luego quedar exhausto, drenado de sí mismo, y, por lo general, lleno de rabia, hastío y hasta desprecio por los presentes, me aburrían. Me transmitían la dimensión de lo que él cargaba. Lo que los otros esperaban de él era una sola cosa, la repetición eterna de sí mismo. Iban a presenciar un espectáculo, deseosos de que el espectáculo no los defraudara, pero también aliviados de que luego se retirarían a la paz de

sus hogares. Yo empezaba a notar que él se aferraba a su pasado para exprimírle hasta la última gota de literatura, pero él ya no era *eso*, se obligaba a serlo, y por lo tanto los textos se sentían cada vez menos honestos y necesarios que los anteriores. Para soportar su *show*, R tomaba alcohol y drogas. Yo lo hacía para soportar el dolor de no tener una existencia propia. Eso que otros admiraban en él, a mí me generaba parálisis. Su manera de entender la escritura, y hasta la vida, negaba la existencia de cualquier otra. Yo tenía un cuarto, pero no lo usaba, porque ese cuarto era una jaula, y para que un cuarto sea propio tenés que conseguírtelo sola. De ahí provenía la rabia hirviente e inagotable que me consumía y me llenaba de confusión. Lo que concluí, en cambio, era que R tenía razón: yo era incapaz, no tenía lo que había que tener para ser una escritora. Cuando él daba clases en el *living*, yo permanecía encerrada en el cuartito que quedaba arriba, y en ningún momento asomaba la cabeza. Como la princesa en la torre, respiraba sin hacer ruido, y la voz de él, sus comentarios apasionados sobre la escritura se filtraban entre las maderas del suelo.

Había entrado en la relación no por amor (apenas nos conocíamos), sino por el deslumbramiento que me generaba esa intensidad que yo había tenido y entonces creía perdida. Luego me resentí porque él no podía dármele: solo podía ser espectadora. Pero mi vida venía cuesta abajo desde hacía rato: casada, en Francia, en un pueblo muerto que había tenido su momento de esplendor mil años antes y que ahora se mantenía en pie a fuerza de mímica, organizando festivales sobre la Edad Media durante los que disfrazaban el lugar con grandes atados de heno y a sus habitantes con ropas de época. Podías meterte a una cueva helada y comer jabalí con el

suelo tapizado de aserrín, pero nunca volverías a ser el centro de nada. Así, más o menos, me sentía cuando conocí a R. Para mí él era una escapatoria, mi salida de emergencia. R habrá notado, con la agudeza con que podía analizar los personajes de textos ajenos, que mi amor no era genuino sino utilitario, y eso también lo hacía rabiarse de lo lindo. Quería conquistarme, en el doble sentido de la palabra.

Mientras viví en Francia escribía todos los días, una novela en la que llevaba insistiendo desde hacía cinco años, aunque sabía que el texto no cuajaba. Había pasajes buenos, ejercicios de estilo, mucha práctica del oficio de narrar, pero en su mayoría el texto tenía una voz impostada y antiséptica. Igual que yo. Igual que ese pueblo que se alimentaba como un vampiro de la sangre de otro tiempo, pero que no era más que un muñeco relleno de paja.

Mis dos novelas publicadas hasta el momento, *Cuaderno para un solo ojo* y *La azotea*, las había escrito entre los veinte y los veintitrés años. Y las había escrito estando sola. Cuando me mudé a vivir con mi primera pareja, en Montevideo, ya no pude volver a escribir, incluso a pesar de hacer lo imposible por tener mi cuarto propio. Me empeñaba en interpretar esas dos consignas de la Woolf, el cuarto propio y algo de dinero en el bolsillo, de manera literal, cuando también había que entenderlas de manera simbólica. Hay que poder *existir* junto a la otra persona. Hay que poder ser cabalmente persona al lado de esa persona. Y no es el otro quien debe darte el espacio, como un regalo bien envuelto, un gesto magnánimo con el que se te perdona la existencia, sino vos misma.

Mucho se ha hablado de la relación tóxica entre dos de los escritores más brillantes de la literatura uruguaya, Idea

Vilariño y Juan Carlos Onetti. Se habla de que él, que estaba casado, la maltrató de maneras sutiles, al menos según el hermano de ella. Lo que es claro es que Idea no podía existir al lado de Onetti, y ella vivía eso como un ahogo, como una violencia interna.

En una entrevista, Idea dijo de Onetti:

Nunca entendió el ABC de mi vida, nunca me entendió como ser humano, como persona. Y así teníamos nuestros grandes desencuentros. Si yo hablaba de algo sumamente delicado, él me salía con una barbaridad. Decía cosas que me hacían echarlo, imposibles de soportar. Todavía me pregunto por qué aguanté tanto, por qué volví tantas veces. Nos peleábamos y volvíamos a juntarnos, lo echaba, regresaba. Una noche me llamó desesperado para que fuera a verlo. Yo estaba con alguien que me amaba y lo dejé por ir a pasar una noche con él. Y recuerdo que lo único que hicimos fue ponernos de espaldas, leyendo un libro él, y yo otro. A la mañana siguiente le agarré la cara y le dije: sos un burro Onetti, sos un perro, sos una bestia. Y me fui.⁶

*

6. Carlos María Domínguez y María Esther Giglio. *Construcción de la noche. La vida de Juan Carlos Onetti*. Planeta, 1993.

Si bien dije que *El desierto y su semilla* es el relato de un narrador testigo, ahora me retracto. Jorge Barón Biza es un narrador protagónico. No solo porque estuvo presente en el momento del ataque, y fue él quien condujo el auto hacia el hospital, sino porque durante años su vida estuvo dedicada a cuidar las heridas de la madre. En Milán, vivió en la clínica y durmió en la misma habitación que ella, en la cama del acompañante, durante casi dos años. Un hijo jamás podrá ser únicamente un testigo. Ahora pienso por primera vez en los hijos de R. Una vez, durante un ataque furibundo en su casa de Buenos Aires, en el que R me desgarró la ropa que tenía puesta, se estrelló una vasija en la cabeza, rompió el televisor y me secuestró dentro de la casa, su hijo mayor (en esa época adolescente) dormía en la habitación sobre la cocina. El chico no asomó la cabeza, incluso cuando yo estuve sentada en la escalera, al lado de su puerta, temblando de frío, llorando, y luego salí a la azotea y busqué la manera de saltar a la calle. Pero sin duda estaba despierto. No volaba ni una mosca en esa habitación, mientras que a su alrededor la casa se caía abajo. ¿Qué tipo de cicatrices habrá dejado todo eso en él? Sin duda, Jorge Barón Biza, que en el momento del ataque a su madre apenas tenía veintiún años, fue una víctima colateral de la agresión, y el proceso de escritura del libro fue la manera en que él intentó entender no solo cómo alguien puede ser capaz de hacerle algo así a la persona amada, sino sus propios sentimientos hacia su padre. ¿Es posible amar a un monstruo? ¿Es posible extrañarlo? Y más: ¿es posible amar a un monstruo aun sabiendo que, como un zombi, llevo la mordedura que me convertirá en lo mismo? Porque en una de las últimas escenas en Milán, antes del final del tratamiento y del regreso a Buenos Aires, el narrador ataca

a la prostituta que frecuentaba el bar de la clínica, con quien desarrolló una extraña relación de amistad y contención, y le corta las mejillas con una navaja.

*

Cuatro meses de una precaria y lenta reconstrucción. Tenía un colchón, tenía una lámpara, tenía una mesita hecha con una caja de cartón, y otra de madera donde apoyaba el monitor de la computadora (un tiempo antes, R había agarrado la mochila de mi laptop a patadas y la pantalla ya no encendía). Como no tenía silla, me sentaba en un almohadón cuadrado en el piso. Todo estaba al ras de la tierra. Dormía en el piso, comía en el piso, trabajaba en el piso. En el piso también estaba mi valija, abierta como un baúl, y la ropa doblada dentro. Esa antigua oficina, con una hornalla y un frigobar detrás de una puerta plegable, la había conseguido con ayuda de un amigo de R, y R mismo había firmado como garante. Después de eso, nos habíamos separado. Él se había ido a pasar todo el verano en otra ciudad, y esa distancia, aunque con alguna recaída, me había permitido sacar la cabeza del hoyo. Hice amigos, conseguí algunos trabajos.

A fines de marzo, R volvió del norte. Después de un tiempo sin hablar, retomamos el contacto telefónico. Él quería verme; yo le daba largas. Lo que intentaba, sobre todo, era no hacerlo rabiar, evitar que echara abajo el castillo de naipes de mi vida. Con esa lógica torcida de la locura temporal, creía deberle algo.

Él era el garante del apartamento; yo era una niña bajo tutela, y por eso mismo no me animaba a rechazar sus llamadas.

Una madrugada de principios de abril, R se apareció en mi casa. Yo estaba durmiendo y el timbre me sobresaltó. «Soy yo», dijo en el portero eléctrico. Le pregunté qué quería, aún atontada por el sueño: «No podés subir». Me explicó que lo habían robado y que no tenía plata para volver a su casa. Era un martes o un miércoles, y ni una ventana seguía iluminada en el edificio. Dudé, pero finalmente le dije que me esperara abajo, que iría a darle plata. En pijama, con las llaves en una mano y el monedero en la otra, lo vi parado junto a la puerta de vidrio. No bien abrí, me alcanzó el vaho del whisky. Pero él no se tambaleaba ni arrastraba las palabras. Su cuerpo parecía capaz de soportar el peso de un buey, y, como un buey, avanzaba impulsado por el convencimiento de ser invencible, un elegido de los santos, el hijo protegido, por delante y por la espalda, con esas medallas que le colgaban del cuello.

Cerré la puerta de vidrio y los dos quedamos afuera. Fue en ese momento que R me empujó e intentó arrancarme las llaves de la mano. Yo cerré el puño y forcejeamos un poco. Cuando logró quitármelas, salió corriendo por Paraguay hacia Salguero. Lo perdí de vista. En pantuflas, me quedé mirando la calle vacía, en ese silencio nocturno lleno de electricidad: la vibración de la estática. Los focos sobre la calle derramaban una luz amarilla entre las hojas de los árboles. En ese momento no sospeché nada de lo que pasaría después, pero sí recuerdo una especie de resignación final, una especie de hartazgo que se había apoderado de mi cuerpo y que me mantenía en el lugar, sin ánimo de lucha.

Al ver que no lo perseguía, R volvió, y a la fuerza abrió la puerta y se metió al edificio. Yo lo seguí. Entramos juntos al ascensor. Con la cabeza embistió un par de veces la puerta corrediza de metal macizo, que quedó abollada como si hubiera recibido el impacto de un proyectil. Cuando llegamos a mi piso, usó la llave para entrar al apartamento. Él no lo veía desde que me habían entregado las llaves, cuatro meses antes, vacío y con la persiana baja, así que imagino que le habrá llevado un segundo reconocer el cambio: una pieza convertida en hogar. Desde el pasillo pude ver cómo abría los placares y cajones, revisando todo, incluso entre la basura. Lo que encontró en la basura lo enfureció: una botella vacía de champán. Esa fue la constatación que estaba buscando, lo que yo *era*: una «puta». Ahora él estaba dispuesto a arrasar con todo y devolverme a cero. De un solo manotazo arrancó el portero eléctrico de la pared; agarró la lámpara de vidrio y la tiró por la ventana; destrozó las páginas de los libros, que cayeron como confeti sobre el parqué; hizo añicos los CD y sus cajas de plástico; arrancó las sábanas del colchón.

No había mucho que romper. No había mucho.

Yo no me interpose: por primera vez me importaba más mi vida. Temí por mi cuerpo. En el apartamento había un enorme ventanal que daba al pulmón de manzana, e imaginé a R empujándome al vacío. Ni siquiera murmuré una palabra. Me quedé en el pasillo, esperando que él terminara su faena. Cómo había sucedido eso, no lo sé. Habrá sido ese medio centímetro de distancia que ahora me separaba del piso; habrán sido los ojos de mis amigos, la manera en que me miraron cuando supieron que yo había visitado a R en el norte, en secreto, y luego me vieron volver con la muñeca vendada. Una mirada

llena de angustia, porque hacía dos días que no sabían nada de mí y comenzaban a organizarse para tirar la puerta abajo. Una mirada que me humanizaba, y que me recordó a la del niño a quien le compré la manta en aquella plaza del norte. Unos ojos que me veían.

Sentada en la escalera del edificio, oía cómo R derrumbaba lo poco que yo había construido, sus gritos y sus insultos. En cierto momento, una puerta se abrió en el piso de arriba. Subí en puntas de pie, para no alertar a R. Un vecino asomaba un ojo a través de la rendija sostenida por la cadena.

«¿Qué pasa?», dijo.

Y yo: «Llame a la policía».

Eso fue todo.

Como si alguien lo hubiera alertado, dos minutos después R salió del apartamento, le dio una piña al timbre, que quedó hecho un hueco lleno de cables, y sin siquiera buscarme con la mirada se subió al ascensor y se fue. Casi enseguida después llegó la patrulla. Yo no me había animado a entrar al apartamento, y cuando lo hice, en compañía de los dos policías, sacamos fotos del destrozo. Empezaba a amanecer, y el frío me tenía tiritando. Sentía un malestar general, como si el cuerpo se me hubiera descompensado, y ahora supongo que se trató de un cóctel de rabia y de miedo. Aún no alcanzaba a pensar con claridad, pero luego me asombraría al recordar que fue la violación de ese minúsculo terreno ganado, de esos pocos objetos y muebles que eran símbolo de mi independencia, lo que realmente precipitó el desenlace. Ya tendría tiempo de dudar (¿en qué me había metido?), pero por ahora la adrenalina hacía su trabajo. Los policías me estaban dirigiendo a la comisaría del barrio, y yo caminé sola hasta ahí, sintiendo la carne hundida en la

cara, el frío en los brazos, el dolor en los huesos, mientras la ciudad se ponía en movimiento y la gente se apuraba para no llegar tarde al trabajo. Era otra velocidad; me aturdí. Yo era una mota de polvo suspendida en el aire, una mota empujada por el viento. Tiritaba, y por primera vez allí, ante una mujer que me tomó la declaración, conté mi historia.

*

La ciudad invencible no es una novela sobre el maltrato, ni siquiera es una novela sobre las secuelas que la violencia deja en la psiquis de una mujer que intenta reconstruirse —y falla—, sino sobre el miedo, que se incrusta en cada pliegue de la vida, sobre el fracaso, y sobre el miedo al fracaso. Un miedo que se parece al deseo, que roza la tentación, tanto como el vacío llama al salto. Porque lo doloroso no es tanto fracasar, sino la incertidumbre, la agonía, y cualquier gesto de certeza se impone como un alivio.

Cuando Nefer llega al rancho de la vieja abortera, entra, saluda, y no se anima a hablar. El nieto de la mujer acaba de burlarse de ella, justo en la puerta, acaba de usar esa temida palabra: «puta». Ahora Nefer ha perdido el ímpetu que la llevó hasta allí al galope, bajo el calor de la siesta, y se queda muda. El miedo a la condena social es peor que la muerte misma, y por eso Nefer fantasea con estar muerta, pero tampoco se anima a detener sus días. Paralizada, «no sabe cómo acabar con este miedo que come su comida y duerme su sueño».

De todas las cicatrices invisibles, tal vez el miedo sea la más resistente. A comienzos de 2015, cuando *La ciudad invencible* ya se había publicado en España, recibí un mensaje de R por Facebook en el que me felicitaba por la novela: «che, buena la alusión (jeje) y MUY BUENA la novela, de verdad, te felicito». No me estaba validando, sino que se trataba de un mecanismo de intimidación: me estaba diciendo que aún me vigilaba, que seguiría pendiente de lo que yo pudiera llegar a hacer o decir sobre él. Porque el deseo de castigo, de aleccionamiento, no desaparece nunca para el maltratador. No importa cuántos años hayan pasado. Por eso el ataque con ácido a Clotilde Sabattini ocurrió años después de la separación de hecho con su exmarido, y por eso R no se cansaba de decir que «iba a dedicar su vida a destruirme».

Recibí ese mensaje, vi su nombre estampado en la ventanita del Facebook como si me hubiera alcanzado un rayo. La comparación es manida, pero casi literal: un shock, una electricidad fulminante me bajó desde los ojos hasta el estómago y me puso a temblar. Me temblaban las manos, me temblaban las piernas. El miedo como estrategia de domesticación. El miedo que acalla y domina. Mientras yo siguiera temiéndole, él seguiría teniendo poder sobre mí.

*

En el prólogo a su antología de ensayo feminista,⁷ Liliana Colanzi dice que toda revolución nace con un acto de desobediencia. El acoso laboral y social se convirtió en una cruzada para R. En aquel momento yo trabajaba haciendo informes de lectura para grandes grupos editoriales y como prelectora en concursos literarios. Él envió correos a sus editores diciendo que, si me daban trabajo a mí, él ya no volvería a publicar en la editorial. Lo mismo con otros gestores culturales: donde me abrieran las puertas, debían olvidarse de él. Estos correos los enviaba con copia oculta a mí. Otros no necesitaron que él se lo dijera de manera explícita, simplemente asumieron bandos por temor a dañar el vínculo con el escritor poderoso. La comunidad literaria se dividió: muchos y muchas me apoyaron, y esa sanción social fue más efectiva para frenar el acoso que la orden judicial de no acercamiento. Pero también hubo escritoras, hoy activas en el movimiento feminista, que entonces prefirieron no opinar, no involucrarse, no tomar partido, o que dijeron saber que él era «así», pero «quererlo igual», aceptarlo «incondicionalmente». Aún faltaban años para que se consolidara la red de apoyo que se tejería después, y cuya piedra angular fue la creación del colectivo feminista Ni Una Menos en 2015.⁸ Aún faltaban años para que se extendiera el uso de la palabra «sororidad».

7. *La desobediencia*, Dum Dum Editora, 2019.

8. El 3 de junio de 2015 se realizó la primera marcha Ni Una Menos en ochenta ciudades de Argentina, y el movimiento se extendió rápidamente a toda América Latina. En 2015, en la Argentina se asesinaba a una mujer cada treinta y seis horas (en 2019, el número subió a 1 mujer cada 26 horas). El colectivo nació en marzo, a partir de una convocatoria de escritoras, periodistas y activistas

El acoso y las amenazas de R tenían como fin que yo me fuera del país: «Esta ciudad es demasiado chica para los dos», me había dicho. Quedarme se convirtió en mi acto de desobediencia. Conquistar esa geografía, convertir la ciudad de R en *mi* ciudad era una manera de apropiarme de mí misma. Pero la tentación del fracaso estaba siempre presente con su vuelo bajo, con su murmullo de motor en marcha. El fracaso de la escritura, también, de ese deseo y de ese otro cuerpo que es el texto, y, a través de él, como dice Hélène Cixous, el deseo de salir de mí misma al contacto con el otro. Pero para sentirme con derecho a decir algo digno de interés, digno de ese diálogo que solo se concreta en la medida en que llega a los ojos del lector, primero tenía que abandonar la mudez y convertirme en sujeto hablante.

En *La ciudad invencible*, la narradora entiende que solo se irá del país cuando tenga algún motivo para hacerlo, cuando sea un acto volitivo, una decisión, y efectivamente ocurrió así, un tiempo después, cuando me fui a Nueva York con la beca para cursar la maestría en escritura creativa. Es decir que la decisión de irme vino de la mano de la decisión de

en general para hacer una «maratón de lectura» en la Biblioteca Nacional que permitiera visibilizar los femicidios, en especial el de Daiana García, de diecinueve años, cuyo cuerpo se encontró en una bolsa de basura el 16 de marzo de 2015. El texto fundacional fue «Mujeres de la bolsa», de María Moreno, que comienza así: «El hombre de la bolsa era uno y se llevaba niños. Las mujeres de la bolsa somos muchas y salimos de ella para que no haya ni una menos».

devenir escritora. Escribir fue un acto de resistencia, y el primer ladrillo hacia la reconstrucción.

POR AIRE SUCIO

Idea Vilariño

Luna que sale sí
luna que sale
azorada en un aire de impureza
apartando carbón y esquirlas de oro
tapándose los ojos con la niebla
y que sale y que vuela y
se levanta
y que cae golpeándose y
que rueda.
Apártate la capa de basura
la de basura sí
luna que vuela
la piedra de pegar de tropezar
la escoria de la cal
luna que rueda
y el cartón
la pintura y el cartón
la pasta azul la verde y la violeta
la pestaña y la uña artificiales
el tacón
los rellenos
las monedas

y éstrate sola y pura como un clavo
y dolorosamente y a la fuerza
en rebeldía
entregada
en ese muro
glacial donde termina la existencia.

(O donde *empieza*).

*

«Al escribir», dice David Grossman en una entrevista, «dejas de ser una víctima y llamas a la realidad con los nombres y las palabras que uno tiene para describir esa realidad desde la intimidad más profunda».9 A partir de 2014-2015 se publicaron más y más textos, novelas y cuentos que narran las distintas violencias contra las mujeres. La explosión de nuevas autoras latinoamericanas, jóvenes, con voces que son gritos y gritos que son destellos, coincidió con la renovación del movimiento feminista que se lleva adelante en toda América Latina, liderado sobre todo desde Argentina, Chile y México.

Ya mencioné *Chicas muertas*, de 2014, donde Selva Almada no solo investiga los detalles de los crímenes, sino que rescata la memoria de estas tres jóvenes, las nombra, y hacia el final del libro también se nombra a sí misma como una sobreviviente:

.....
9. *La Razón*, 28 de enero, 2021.

Ahora tengo cuarenta años y, a diferencia de ella y de las miles de mujeres asesinadas en nuestro país desde entonces, sigo viva. Solo una cuestión de suerte.

En *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), Mariana Enriquez se inspira en lo que se llamó el «efecto Wanda Taddei»,¹⁰ un caso muy mediático ya que fue el baterista de una banda de rock quien roció con alcohol y luego prendió fuego a su pareja, propiciando así un «contagio» de este tipo de femicidios. En el cuento que le da nombre al libro, Enriquez construye una comunidad de mujeres que, hartas ya de ser quemadas por los hombres, deciden quemarse ellas mismas. Las mujeres saltan a las hogueras, en quemas rituales, y se convierten en monstruos desfigurados que generan repulsión y miedo, pero también crean un nuevo tipo de belleza que surge de este empoderamiento y que muestra con orgullo las cicatrices del fuego. En el cuento, la narradora se pregunta: «¿Cuándo llegaría el mundo ideal de hombres y monstruos?».

La mujer que decide devenir monstra para protegerse de los hombres gracias al asco y la incompreensión también aparece en *Pelea de gallos* (2018), el cuento que le da nombre al libro de la ecuatoriana María Fernanda Ampuero. Una mujer es secuestrada por un taxista para ser subastada en un mercado negro de personas. La mujer echa mano a un

10. Después de la muerte de Wanda Taddei en febrero de 2010, y hasta 2013, ciento treinta y dos mujeres fueron quemadas por sus parejas sentimentales en Argentina. Mientras que entre 2008 y 2009, se habían registrado nueve casos de este tipo.

recuerdo de su infancia: cuando debía encargarse de recoger los desechos de los gallos muertos después de las peleas en la gallera que regenteaba su padre; recuerda el asco y el rechazo que provocaba en los hombres por estar sucia y maloliente, embadurnada en sangre, tripas y excrementos. Encapuchada, frente a la masa de ávidos compradores de su cuerpo, la mujer abre los esfínteres, se mea y se caga encima y grita como un animal poseído. Y ese devenir monstra la salva.

En *Las malas* (2019), Camila Sosa narra las múltiples violencias que vivió desde su infancia como niña y mujer trans hasta devenir escritora: el dolor y el orgullo de apropiarse de su identidad, los golpes y el miedo constante a ser asesinada, a «terminar en una zanja». La salvación no solo se encuentra en lo colectivo, la comunidad de travestis que se convierte en su verdadera familia (una familia de la orfandad, ya que juntas rescatan y crían a un bebé abandonado), sino también a través de la escritura.

En *Cometierra* (2019), de Dolores Reyes, una chica huérfana de un barrio pobre tiene un poder particular: como «vidente» puede acceder a información sobre mujeres desaparecidas. Estas visiones se activan cuando la chica come tierra, y son los familiares desesperados los que, ante la indiferencia estatal, acuden a ella. Cuando la madre de una antigua compañera de escuela le pide ayuda para encontrar a su hija, Cometierra ve «la ropa de la Florencia menos rota que su piel», «la Florencia abajo, como estaban las raíces de las plantas de mi terreno» y «la Florencia agusanada como un corazón enfermo, el pelo, una tela de araña vieja desprendiéndose del cráneo». El don de Cometierra no es un superpoder caprichoso o gratuito, sino una práctica común en el interior de la Argentina, y tanto el

novio de Andrea Danne como los familiares de María Luisa Quevedo, dos de las «chicas muertas» del libro de Selva Almada, consultaron videntes que les proporcionaron información relevante para la investigación.

En *Las voladoras* (2020), de Mónica Ojeda, la narradora del cuento «Cabeza voladora» descubre que su vecino, un renombrado médico, ha decapitado a su hija y ha usado la cabeza, envuelta en plástico, como una pelota. La pelota vuela al otro lado de la cerca, y es así como cae en la casa de la narradora. En los días siguientes, ella intenta reconstruir los recuerdos que tiene de Guadalupe, un moretón que vio una vez en el brazo, pequeños indicios que podrían haberla alertado, y siente una culpa que se va convirtiendo en obsesión no solo por la chica, sino por las cabezas separadas del cuerpo:

Se preguntó si no era ese un estado superior al que aspirar: aprender a ser una cabeza cuando el cuerpo pesaba demasiado, liberarse de la extensión sensible en donde respiraba el frío y el ardor, la pena y el abandono.

El cuerpo como un lugar de desamparo para las mujeres, una carga y una condena, y cuántas veces no habremos deseado, nosotras, poder ser una cabeza, nada más que una cabeza, reclamar el derecho a una existencia sin cuerpo, como los hombres, hecha solo de inteligencia. Pero no se puede, y el cuerpo será escrutado, incluso después de muerto, expuesto en redes sociales mediante fotos y comentarios, porque el cuerpo de la mujer es un cuerpo público, que pertenece a todos antes que a ella misma. Un terreno en el que conviven el dolor y el

deseo, y la narradora siente culpa cuando recuerda el deseo que le despertaba Guadalupe:

También recordó aquella vez en que se masturbó imaginando a Guadalupe poniéndose los patines, mucho antes de su asesinato, (...). Al terminar se sintió sucia por haber fantaseado con una menor, pero intentó disculparse a sí misma diciéndose que existía una brecha entre los deseos y la realidad, una brecha líquida y cambiante que la salvaba todos los días de ser quien era.

Dolor, deseo, y un nombre de virgen.

La religión y la culpa también están presentes en el cuento de Giovanna Rivero «La mansedumbre», incluido en el libro *Tierra fresca de su tumba* (2020). Elise, una menonita de quince años que vive en una colonia al noreste de Santa Cruz, en Bolivia, es violada en su cama, una noche, por uno de los hombres de la comunidad. Cuando ella lo confiesa al Pastor Jacob, él la revictimiza y duda de su testimonio:

Según hemos grabado en tu primer testimonio, tú estabas sumida en un sopor extraño como si hubieras ofrecido tu voluntad al diablo.

Como en la mayoría de las instancias judiciales a las que llegan los casos de violencia contra las mujeres, es el hombre quien tiene la capacidad de discernir «la verdad». En este caso, los ministros religiosos:

La verdad siempre es más grande que los siervos. Y más si la sierva se ha distraído, si no se ha cuidado como lo exige el Señor. Nosotros vamos a determinar cuál es la verdad.

El cuento nace de un caso real, ocurrido entre 2005 y 2009, cuando cien niñas y mujeres fueron violadas por miembros de la comunidad menonita de Manitoba en Bolivia. Para hacerlo, los hombres las adormecían con un espray que se utilizaba para anestesiar al ganado.

*

En 2018 recibí un mensaje de Facebook de una chica, llamémosla Jota. Me escribía para decirme que hasta hacía poco había sido pareja de R y que él la había maltratado. Me escribía para decirme que, en los meses que duró su relación, él le había hablado de mí, le había hablado de mi locura, de mis mentiras, de la campaña de desprestigio y la delirante denuncia que llevé ante la fiscalía; que él sabía dónde vivía yo, y que «ahora que había caído la *probation*» viajaría a Bogotá para «molestarme». Durante el tiempo que duró la relación, ella le había creído. Pero luego habían empezado los maltratos. Me contó de los abusos físicos y psicológicos, que eran idénticos a los que yo había vivido siete años antes, me envió pantallazos de los mensajes de acoso, intimidación e insultos, que también eran casi una copia textual de los que yo había recibido. Principalmente, la idea era disuadirla de entablar cualquier acción legal en su contra (él tenía una batería de abogados, *los mejores*, él iba a

destruirla); ella no era nada sin él, no lograría nada en la vida. Para entonces R tenía cincuenta y dos años; ella, veintidós.

En el primer momento en que recibí el mensaje pensé que era una trampa. Me puse alerta. Llegué a sospechar que podía tratarse del propio R, quien ya en otras oportunidades se había hecho pasar por un periodista. Así de cautelosa o asustadiza me había vuelto. Investigué el perfil de Jota, y en alguna parte vi que R, desde su «Fan page», le dejaba mensajes insultantes. Mi historia seguía repitiéndose. ¿Por qué me sorprendía? Durante mucho tiempo, R insistió en que yo había provocado la violencia, en que *algo en mí* desencadenaba esa furia incontenible en él, y para demostrarlo enumeraba mis faltas y provocaciones. Si bien no siempre lograba convencerme, siempre me hacía dudar. Ahora entendía que yo no había sido la primera; tampoco la última. Lo único que cambiaba eran los cuerpos, cada vez más jóvenes, pero que nunca serían más que eso: un cuerpo, *otro* cuerpo (o tal vez una variación del mismo), sin pasado, sin nombre, sin valor.

Jota me contó de otras antiguas estudiantes de él que habían vivido experiencias similares, pero que estaban aún más asustadas que ella y no se atrevían a hablar. Él las tenía amenazadas con divulgar videos íntimos y con sus conexiones políticas. A Jota se la notaba nerviosa, oscilando entre el arrojo y el terror absoluto: «Tiene mucho respaldo político», me escribió. En general, hablaba de él como si se tratara de un ser sobrenatural, todopoderoso, y supe identificarme con ese sentimiento. En otra época, yo había temido que él me matara con el poder de la mente. Además, él afirmaba que ya no existían pruebas de la *probation* que había firmado en 2011, a raíz de mi causa. Gracias a sus poderosos contactos, esos documentos

habían desaparecido. Hasta qué punto era verdad o un simple mecanismo de intimidación no tiene importancia.¹¹ El hecho es que ellas creían, con bastante razón, que nada de lo que hicieran iba a tener consecuencias, excepto para sí mismas: más dolor, más escarnio, más manoseo.

Lo explica bien la escritora Marina Mariasch: «No es tan fácil denunciar. No es tan fácil si no hay pruebas, si no hay un proceso judicial en firme, te dicen. Y qué hacer después: la exposición rebota como una imagen horrible en el espejo y te pega. Él se enoja y se violenta, te amenaza y te agrede. Vos también quisiste, ¿estás segura de que fue abuso?». El texto se llama «Basado en hechos reales»¹², y recopila el testimonio de Jota y de otras antiguas talleristas bajo seudónimo. Tras la publicación en el medio digital feminista LatFem, tanto Jota como Marina Mariasch recibieron amenazas de R advirtiéndoles que les haría una demanda por daños y perjuicios.

Por aquellos días de 2018, R escribió en su Facebook algo muy similar a lo que escribió sobre mí en 2011. Jota estaba loca; él era la víctima. Él nunca había tenido nada con ella, ella se había aprovechado de él, de su nombre, de su talento, de sus recursos, y lo único que quería era destruirlo para obtener un poco de reconocimiento. Su post se llenó de *likes* y de mensajes de apoyo. Siete años y todo seguía en el mismo punto, repitiéndose como una obra de teatro que llevara

.....
11. Tanto yo como mi abogado tenemos copia del documento legal de la *probation*.

12. Marina Mariasch, «Basado en hechos reales», 8 de junio, 2018, latfem.org.

décadas en cartel, con un actor principal envejecido y muchas actrices de reparto.

Pero una cosa sí había cambiado.

Al escribirme, al confesarme su miedo y su confusión, Jota me estaba diciendo: «Hermana, yo te creo». Y yo le creía a ella.

Le di a Jota el contacto de una escritora argentina que militaba en una organización feminista, y a través de ese contacto consiguió una abogada especialista en temas de violencia de género, que la ayudó a iniciar el proceso. Un tiempo después me enteré de que Jota había cortado vínculos con la abogada y que había actuado de manera errática. Tal vez eso haya molestado a algunas de las compañeras que le tendieron la mano, pero no a mí. Yo sabía demasiado bien en qué tipo de telaraña estaba atrapada, y que Jota debería hacer un proceso largo, su propio camino, hasta sacudirse las últimas hebras de dolor.

La violencia no solo te llena de miedo y de culpa, también te anula la iniciativa, la confianza en que cualquier cosa que hagas tendrá algún sentido. A veces son más efectivas las humillaciones que los golpes. Duele más que te escupan la cara y te demuestren que sos una baldosa sobre la que soltar un gargajo. La violencia te roba la alegría, te toma el pensamiento, te secuestra los ojos. Por eso Nefer siente que no puede ver nada:

Antes, cuando era alegre —ahora sabe que lo fue— su mirada corría lejos, iba de un monte, de un molino, a una tropilla lejana, a un sulky por el camino. Ahora no, los ojos se han vuelto pesados como el alma, y si le preguntaran qué ve diría mi mano, el tenedor, la rienda,

el plato y nada más. Pero a decir verdad ni esto ve. Ni siquiera esto.

Miro esta cuchara y no sé si el pensamiento es mío o de él.

*

Hoy que mi sobrina cumple veinte días de nacida, vuelvo sobre esa idea del hándicap, de la discapacidad definida como una limitación que impide el desarrollo completo y normal, y no puedo evitar unirla a otra definición, la que hace el sociólogo Johan Galtung de la violencia. Según él, la violencia está presente cuando los seres humanos se ven influidos de tal manera que sus realizaciones afectivas, somáticas y mentales están por debajo de sus realizaciones potenciales.

Romper el silencio ha sido, desde el movimiento feminista, una de las maneras de acortar esa desventaja. Decir, hablar, gritar, cantar en público. En su ensayo *Escribir la rabia*, Liliana Colanzi resalta el papel desestabilizador de la palabra, y la importancia de poner nombre a lo vivido: «Necesitan de nuestro silencio porque nombrar la violencia es desestabilizador, porque nuestra palabra los obliga a ver una imagen repulsiva de sí mismos que no están dispuestos a enfrentar, y que es el primer paso para que las cosas empiecen a cambiar. Por eso necesitan de nuestra complicidad. Y por eso precisamente es que debemos hablar».

Nombrar es el comienzo.

Nombrar es reclamar para sí, apropiarse.

Estamos hablando, estamos escribiendo para construir un mundo más espacioso donde nuestro testimonio sea creído, no *increíble*, donde ser escritora no sea un sueño disparatado y donde las mujeres tengamos un nombre propio. Quiero pensar que nuestras voces se unen en un aquelarre que es una protesta y es también un exorcismo.

Hoy el mundo se cae a pedazos, pero en alguna parte del globo una niña de veinte días acaba de lograr algo importante: levanta la cabeza, y el pequeño cuello tiembla por el esfuerzo. Está acostada bocabajo sobre una manta que tiene abejas y sapos. Todos contenemos el aliento. Mia. Mia Joyce. Somos testigos, pero no podemos hacer nada para ayudarla o acelerar el proceso. Es su logro personal, uno de los muchos hitos que irán marcando su desarrollo. Con la cabeza erguida y la frente arrugada, mira hacia arriba y hacia adelante. Un segundo más, luego descansa.

El mundo se cae a pedazos, pero solo con pedazos se construye algo.

5 de enero, 2021.

Escribí este texto para la Cátedra Abierta en Homenaje a Roberto Bolaño de la Universidad Diego Portales.

LA CIUDAD INVENCIBLE

La ciudad invencible	13
En nombre propio	105

b
p

